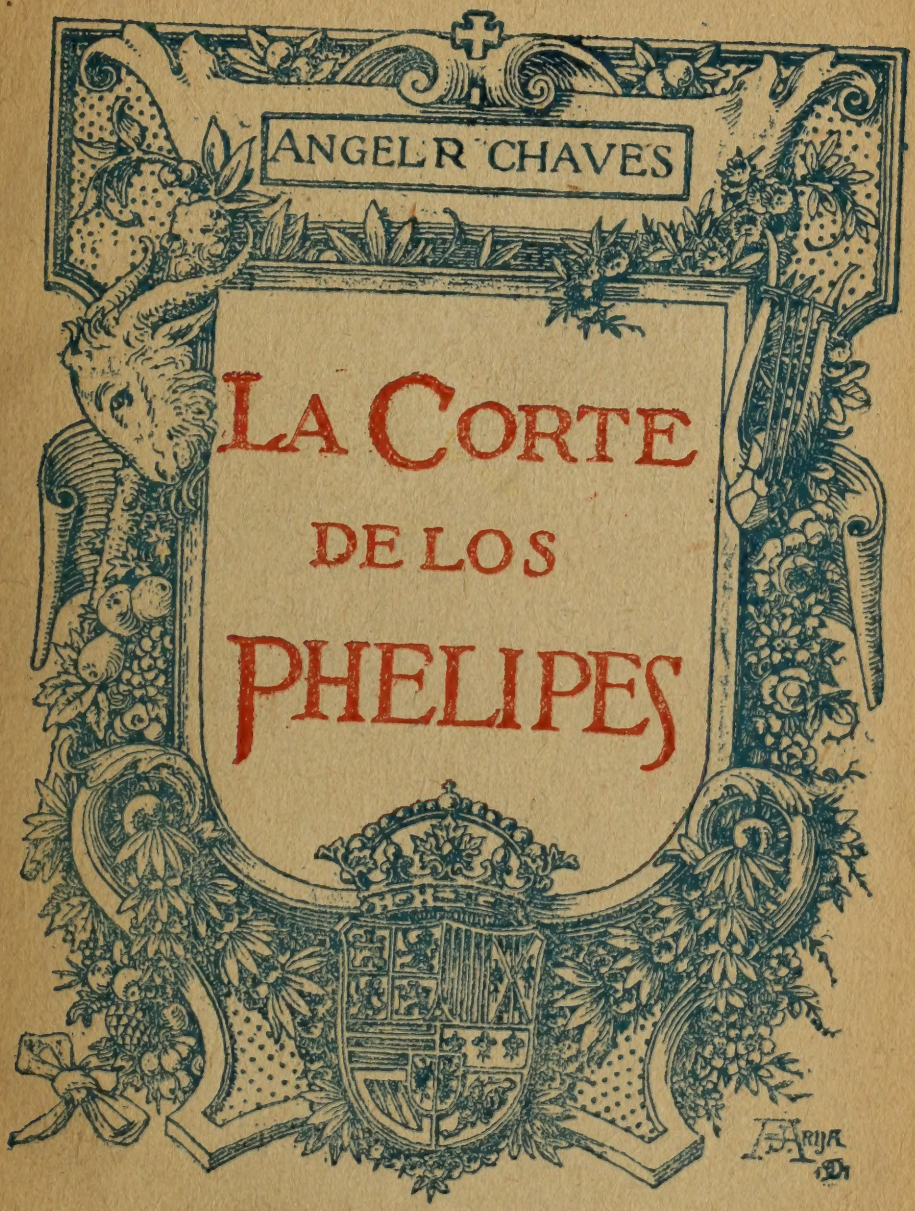
3 1761 08695440 1

LS
C512c

Chaves, Angel R.

La corte de los Felipes.

**Precio: 3 pesetas**




MADRID
ANTONIO R. LÓPEZ — EDITOR
Ferraz, 66 (hotel).

# LA CORTE DE LOS PHELIPES

LS
C512c

ANGEL R. CHAVES

# LA CORTE DE LOS FELIPES

## CUADROS DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

CASA EDITORIAL
ANTONIO R. LÓPEZ,
Ferraz, 66, Madrid.

303484
34
9
10

Es propiedad exclusiva
del editor.

MADRID:—Imp. de Felipe Marqués, *Madera*, 11.

A LA

# Excma. Sra. Duquesa de Denia.

---

*Como nadie puede quitarme del magín que el buen acogimiento que el público dispensó á un librejo que á los moldes de la imprenta di hace ya algunos años, y que titulaba* **Cuentos de dos siglos há**, *lo debí, con toda exclusión de su mérito, al buen acuerdo de colocar sus páginas bajo la poderosa égida del ilustre nombre de Vuecelencia; de una parte el agradecimiento, y de otra, no pequeña, el egoismo, me mueven á poner de nuevo á sus piés este otro que saco hoy á luz, y que troquelado en los mismos moldes que aquél, si no por mejor, tampoco por peor le diputo.*

*Como parte de pago, siquiera sea pequeña, quisiera hacerle pasar á buena cuenta de las muchas mercedes que en días ya lejanos, pero jamás olvidados por mí, debí á Vuecelencia; pero creyéndole más conforme con la ruindad de mi esfuerzo, que*

*con la magnitud de mis deudas de agradecimiento, no me atrevo á otra cosa si no es á suplicar á mi señora que con la bondad que me tiene tan probada le acoja, y con su indulgencia, que es una de sus mayores virtudes—con ser tan grandes las otras—le disculpe.*

*Si así lo consigo, bien que para el libro escaseen los lectores, por recompensado con creces daré mi trabajo, con el júbilo de haber podido cumplir la obligación, más de lo que pensé dilatada, de hacer nuevamente público alarde del reconocimiento que por pasadas bondades guardará hasta el fin de sus días el que sólo desea para los de Vuecelencia tan luenga como felicísima prolongación.*

ANGEL R. CHAVES.

# INTRODUCCIÓN

---

Si algo pudieren mis versos,
puedes estar, Madrid, cierta,
que has de vivir en mis plumas
ya que en las del tiempo mueras.

(QUEVEDO.)

De tal manera fija, Madrid, siempre querido,
la imagen de tus glorias en mi memoria está,
que al verte retocado, galán y embellecido,
por más que á mis recuerdos inspiraciones pido
te busco en todas partes y no te encuentro ya.

—

¿Qué fué de tus callejas la soledad sombría,
iluminada sólo por la insegura luz
de aquellos farolillos que la piedad ponía
ante una no muy bella imagen de María,
ó ante un Cristo de palo clavado en tosca cruz?

—

¿Qué fué de tus procaces y alegres Mentideros?
¿Qué fué de la Almudena? ¿Qué fué del Salvador?
¿Qué fué de aquellos nobles y altivos caballeros
que á cada paso daban al aire sus aceros,
fanáticos guardianes de su intachable honor?

—

Los álamos del Soto, por donde Manzanares
sus pobres aguas deja por entre arenas ir,
ni escuchan ya los ecos de trovas y cantares,
ni en sus cortezas guardan las cifras que á millares
amadas y amadores solían esculpir.

—

Avellanadas dueñas de reverenda toca
terceras en las citas del Angel y San Blas;
busconas sempiternas de pedigüeña boca,
cuyo recuerdo sólo á la memoria evoca
la musa más gallarda que el mundo vió jamás.

—

Rufianes, peruleros, corchetes y curiales,
tapadas, barbilindos y damas del Tusón,
veladas y festejos de los Palacios Reales
que eternizar supieron los versos inmortales
de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderón.

—

Enanos y meninas, monarcas y privados,
que retrató Velázquez con sin igual pincel;
corrales de comedias por fuera retocados,
mas huérfanos por siempre de actores tan loados
como Iusepa Vaca, Juan Rana y Peñafiel.

—

Callejas solitarias, quizás sólo turbadas
por una voz de muerte pidiendo confesión;
del Prado y del Retiro tupidas enramadas,
que visteis entre zambras, y fiestas y algaradas
el Portugal perdido, perdido el Rosellón.

—

¿Que ha sido de vosotros? Al sueño del olvido
os condenó la suerte. De la memoria huíd,

Madrid no es ya aquel pueblo vetusto y derruído;
mas yo al verle de galas exóticas vestido,
exclamo tristemente: «¡No es éste mi Madrid!»

—

Por todas partes busco recuerdos de tus glorias
que el golpe desmorona de la piqueta audaz,
y nada en ti á la mente nos trae las memorias
de aquellas, ya risueñas, ya trágicas historias,
que fueron de poetas el mágico solaz.

—

Por eso yo, que tanto te admiro y te venero,
yo que el orgullo siento de haber nacido en ti,
cual fuiste en otros días tan sólo verte quiero;
y losas del Alcázar, Sotillo y Mentidero
si han muerto para todos, aún viven para mí.

—

El libro que te ofrezco, va pobre y mal vestido,
como engendrado en mente de escasa inspiración;
pero algo bueno tiene: que en él he recogido
un eco de tus glorias, que hoy dadas al olvido,
aún hacen de entusiasmo latir mi corazón.

## Galas cortesanas.

(Á MI HIJO CARLOS)

---

Milagros de corte son...
*(Góngora.)*

Galán preciado de lindo,
muy atildado de traje,
se encontró en el Prado Viejo
á una dama cierta tarde.

Y tras lograr que la dueña
complaciente se apartase,
de esta manera la dijo
entre cortés y punzante:

«Ayer con parda albanega
con medias de cordellate,
y enaguas de sempiterna
sin una punta de encaje;

»Con zapato alpargatado,
jubón de rasilla al talle

y por toda gargantilla
un listón color de sangre,

»Tan dichosa te veías
que sólo en sueño anhelaste,
unos zarcillos de alquimia
para un disanto en la tarde.

»Hoy, sólo la saboyana
que de chamelote traes,
vale más plata que cuesta
mantener un tercio en Flandes.

»Valona de lechuguilla
sobre tu pecho se abre
adobada con más polvos
que hay en los caminos reales.

»De indianas piedras de luces
has conseguido empedrarte,
y tiene más que la villa
de ruedo tu guardainfante.

»Breve chapín de ocho corchos
á tu pié sirve de cárcel,
y en birrotón hasta á misa
dicen las gentes que sales.

«¿Qué mucho que en mantos de humo
miles de ducados gastes,
cuando la hacienda de un Fúcar
te es poco para enrubiarte?

«Ya ves qué bien te conozco,
y sospecho qué mal haces
si olvidas por lo que hoy eres,
lo que te tocó ser antes.»

Tal dijo el galán; la dama
se quedó un punto mirándole,
y en seguida la respuesta
le enderezó en estas frases:

«Bien sienta al seor hidalgo
ir crujiendo gorgoranes
y en ropilla agironada
llevar prisionero el talle;

»No dicen mal dos espuelas
de unas calzas por remate,
y unos bigotes buídos
dan siempre marcial donaire.

»Para pregonar favores
¿quién hay que al filtro no enlace
una perfumada trenza
con un joyal de diamantes?

»Espada de vaina abierta
bien puede servir de alarde
de que no es el que la ciñe
hombre de esquivar un lance,

»Y valona cariñana
arrugada con desgaire
dá presunciones á un lindo
de estar muy hecho á atildarse.

»Lástima por vida mía
que el que junta tales partes
de rapar barbas viviera
aún no hace tres Navidades.

»Lástima y grande que há poco
sólo diere muerte al hambre
yéndose á buscar la sopa
que dan en San Gil los padres.

»Y lástima y retelástima
que en Zaragoza una tarde
sobre si hizo ciertos untos,
sobre si se halló unos reales,

»Muy adobado de plumas
y con un pregón delante,
caballero en un pollino
saliera á tomar el aire.

»Ya ve qué bien le conozco,
y sospecho qué mal hace
si por lo que es hoy olvida
lo que le tocó ser antes.»

Dijo la dama, y entrambos
poniendo acedo el semblante
y sin curarse siquiera
de cruzar un Dios os guarde,

Se alejaron murmurando,
mal heridos del vejamen:
«¡Lleve el diablo á la tusona!»
«¡Vaya al infierno el bergante!»

Y hay quien dice que un soldado
que quedó lisiado en Flandes,
y que pidiendo limosna
oyó las transcritas frases,

Gruñó para su coleto,
roto y deshecho en mil partes:
«¡Malhaya quien en la corte
juzgue por la ropa á nadie!»

## Carlos V

(SONETO.)

Diestro en las armas y en astucias diestro.

(*Ercilla.*)

Aunque me asombre ¡oh Carlos! tu entereza
al ver el cetro en tu inflexible mano,
más me inclino á execrarte por tirano
que á admirar de tu genio la grandeza.

La corona del mundo á tu cabeza
pretendiste ceñir. ¡Empeño vano!
El déspota, lo mismo que el gusano,
muere en la cárcel que á labrarse empieza.

Nuevo Wamba, del claustro entre la umbría
probar quisiste tu piedad austera,
y hasta aquella humildad fué en ti falsía.

¡Quién, oh César, entonces te dijera
que al enterrarte en vida, en ti moría
la triste gloria de tu extirpe entera.

# Espejo de dueñas

Que me quemen á mí si ésta
no es dueña.
(*Quevedo.*)

I

Con el manto de anascote
cubierto medio semblante,
y dejando el otro medio
entre si sale ó no sale;
el talle todo corcovas,
la nariz todo humedades,
y la boca vuelta, yermo
de un diente disciplinante.
Con los ojos medio ocultos
detrás de ahumados cristales,
por lo de sin carne, viernes,
y por lo de aciaga, martes,
sentada cabe la reja
la dueña doña González,
las cuentas de su rosario

pasando estaba una tarde.
Y como son en las dueñas
hasta los rezos maldades,
y al diablo encienden dos velas
al poner una al arcángel,
como á golpe de conjuro
se vió asomar por la calle
de un embozado mancebo
el noble y gentil talante.

II

—¿Qué buscáis aquí á esta hora?
—Que calméis mis ansias, madre,
y que el fuego en que me abraso
templéis, si podéis templarle.
—¿Qué es lo que de mí pretende
el hidalgo?
—Cosa fácil:
que vos os deis á partido
ya que ella no quiere darse.
—Mi sá Inés es casta y pura.
—Eso me empeña en el lance,
que da el asedio más gloria
si es la plaza inexpugnable.
—Ella no os ama.
—Con eso
no será su dolor grande

si alguna vez á olvidarla
el destino me forzase.
—¿Es decir que estáis resuelto?
—A todo.
—Reparad antes
que puso de Inés la honra
bajo mi amparo su padre.
—Por eso encuentro que deben
vuestras virtudes premiarse.
Mirad si en ese bolsillo
hay recompensa bastante.
—¿Y qué he de hacer?
—Poca cosa.
La casa tiene una llave,
hacedla pesar en oro
y yo os daré lo que vale.

—

Después de quedar callados,
por unos breves instantes,
entre el galán y la dueña
se cruzaron unas frases.
Mas importaba en tal modo
á uno y otro recatarse,
que lo que allí se dijeron
no pudo escucharlo nadie.
Sólo se vió que á la postre,
con dedos que por rampantes
pudieran causar envidia
á neblíes y alcotanes,

la dueña, asiendo la bolsa,
mucho menos que ella frágil,
murmuró mientras sacaba
por entre el manto una llave:
—Ya lo sabéis, esta noche
á las diez. No vengáis antes,
y no temáis hacer ruido
que tengo el sueño envidiable.—

III

Aún del galán las pisadas
se escuchaban en la calle,
cuando la dueña en un hombro
sintió una mano posarse.
—¡Señor!—murmuró medrosa.
—Levantad, doña González,
que vuestra adhesión aprecio
y estimo vuestras lealtades.
—¿Escuchasteis?
—Nada he oído;
pero adivino el alcance
de un daño á que vos, sin duda,
remedio en vano buscasteis.—
Y comprendiendo la dueña
que aquel viejo venerable
no era capaz, por honrado,
de ver traiciones en nadie,
plegando la hundida boca

en un mohín repugnante
gruñó para sus adentros:
—Hay negocio por dos partes.

—

Lo que el señor y la dueña
hablaron aquella tarde
no hay testigo que lo cuente
ni papel que lo relate.
Pero es fama que la vieja,
yendo á su cuarto á encerrarse,
para rezar de rosario
no sé si cinco ó seis partes,
gruñó, como aquel que quiere
con sí mismo congraciarse:
—Yo cumplí como debía;
si bien las cosas no salen,
¡Dios nos ilumine á todos,
que buena falta nos hace!—

IV

Del fin de aquella aventura
tan sólo la villa sabe,
que la ronda aquella noche
halló un muerto en cierta calle.
Por mozo y noble le daba
su apuesto y gentil talante,

y sus heridas decían
que no fué á traición el lance.
Por lo demás, no merece
tanta atención un cadáver,
cuando no hay noche en la corte
que sin un par de ellos pase.
Quedó el misterio en las sombras;
nadie de él volvió á ocuparse,
que al fin y á la postre es justo
que quien hizo el mal lo pague.
Sólo en retirada estancia,
aún la espada tinta en sangre,
así á una dueña decía
un anciano con voz grave:
—Por vos mi honor queda limpio.
Dios vuestras virtudes pague,
y mal haya quien de dueñas
con pocos respetos hable.

# El aula en que más se aprende.

La mujer toda es engaños, y
más cuando llega á amar.
*(Gabriel Tellez.)*

I

Harto dice, gallardo estudiante,
tu alegre semblante
que se han roto ya
de tu indómito aliento las jaulas
cerrando sus aulas
la vieja Alcalá.

Bien advierte tu porte altanero,
tu paso ligero,
tu prisa febril,
que en la corte, tras reja entornada,
te espera angustiada
belleza gentil.

Si entre afanes y penas traidoras
miraste las horas
del curso pasar,
hoy, al cabo de tantos desvelos,
parecen los cielos
tu fe compensar.

Tribonianos y Bártulos deja,
acude á la reja,
feliz rondador;
indigestos latines olvida,
y en queja sentida
traduce tu amor.

Deslucida bayeta abandona,
tu airosa persona
volviendo á vestir
de ropilla de rizo labrada
que deje ajustada
tu talle lucir.

Blanca pluma en tu airoso sombrero
al viento ligero
permite mecer,
y no olvides tampoco una espada
de taza calada
al cinto prender.

Si no es eso ¿á tu altivo talante,
gallardo estudiante,
qué empleo se da?
¿De qué sirve que rotas tus jaulas
hoy cierre sus aulas
la vieja Alcalá?

II

Cierta noche, tal vez importuna
la pálida luna
con tenue fulgor,
vaga sombra en tortuosa calleja
apenas ver deja
audaz rondador.

Y por Dios que bien claro se advierte
que no hace la suerte
inútil su afán,
que no falta tras reja entornada
quien deje pagada
la fe del galán.

Pues amén de que en plácidos giros
amantes suspiros
se pueden oir,
hay quien dice con cierto secreto
que ha oído indiscreto
de un beso el crugir.

Y la fama en contarnos se empeña
que mano de dueña
cerrojos corrió,
y de nuevo, la reja cerrada,
desierta y callada
la calle quedó.

III

¡Muda y sola! No tanto á fe mía,
que un ¡ay! de agonía
no hiciera gemir
de la calle los ecos dormidos
con esos quejidos
de un algo al morir.

De ancha puerta en el hueco cintrado
galán embozado
inmóvil está.
¡Mal te oculta tu airoso talante,
gallardo estudiante
honor de Alcalá!

¿Muerta ves tu ilusión más querida?
¿Te pesa la vida?
¿Quisieras morir?
Institutas y Baldos de nada
en esta jornada
te pueden servir.

Otro libro te ofrece su ciencia:
en él la experiencia
te hará comprender,
que ni aquí sin espinas hay flores,
ni es siempre en amores
leal la mujer.

¿La lección, mi gallardo estudiante,
la encuentras bastante,
sobrada quizá?
En la reja haz pedazos tu acero
y vuelve ligero
tu rumbo á Alcalá.

IV

Y á Alcalá, según cuenta la fama
olvido á su dama
volvióse á pedir.
Donde hay vino, barajas y dados
¿qué amores pasados
podrán resistir?

Y ¿olvidó?... ¿Quién al cabo no olvida?
Mas honda la herida
tal huella dejó,
que constancia el galán estudiante
de allí en adelante
á nadie pidió.

## Grandezas del rey Felipe

Que algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten á pasar adelante en los actos de virtud.

(*Vicente Espinel.*)

I

Grandeza hasta en lo más chico
revela el que nació grande,
y el rey Felipe la muestra
hasta si de caza sale.

El mismo Febo parece
hacer gala de adularle,
que reservó de sus rayos
para hoy sus mejores haces.

Y mientras que de los olmos
pretende el verde ramaje

que ni la luz sus misterios
consiga robar al Parque,

por festejar al monarca
truecan en tercero al aire
las flores de sus aromas
y de sus trinos las aves.

II

Bien haber dejado el lecho
tal espectáculo vale,
que por más que sus vasallos
sufran la estrechez y el hambre,

el fausto que el rey desplega
basta para compensarles
de cuantos trabajos sufran,
de cuantas miserias pasen.

Prueba de ello, es que aunque á muchos
no pudo la noche antes
la pesadez de la cena
el blando sueño quitarles,

aún con más prisa que el día
vinieron de todas partes
á la plaza del Alcázar
á formar vistoso enjambre.

III

Soberbio rey por mi vida
debe ser aquel que sabe
circundarse de tal pompa,
de tal fausto rodearse;

pues sin ver que le preceden
no á cientos, sino á millares
ojeadores y monteros,
mozos, furrieres y pajes,

basta á medir la grandeza
de aquel monarca gigante,
el mirar que mientras tratan
las guardas de abrirle calle,

á rendirle se apresuran
de su respeto homenaje
amigos como el gran Lope,
siervos como el gran Velázquez.

IV

Hundiendo la férrea espuela
en los robustos ijares
de un negro potro, á que el Betis
convirtió en fuego la sangre,

de apostura y gallardía
haciendo ostentoso alarde,
de la Tela el campo cruza
el rey don Felipe á escape.

Y tanto porque se diga
que no le aventaja nadie
en excitar de un caballo
los ímpetus indomables,

como porque con justicia
no hay quien consiga jactarse
de vencer en la carrera
su arrogancia infatigable,

de su esplendoroso séquito
se hallaba el rey tan distante,
que ni á tiro de mosquete
era posible alcanzarle,

cuando con la enhiesta cuerna
desabrochando jarales,
y con su ronco bramido
haciendo temblar el aire,

de tal grandeza celoso,
el paso salió á cortarle
el mejor astado bruto
que al Tajo desfloró el margen.

V

Decir que del gran Philipo
quedó lívido el semblante,
cosa es que bien se adivina,
aunque el respeto lo calle.

Mas lo cierto es que sin duda
debió el monarca acordarse
de que es su preciosa vida
á su pueblo indispensable.

Y de tal manera inerme
rindió su valor pujante,
que nadie pensó que ileso
escapara de aquel trance.

Sin embargo, cuando todos
ante el peligro cobardes,
mejor que arrostrar el riesgo
pensaron en esquivarle,

un mozo que en quince abriles
es posible que no raye
y que por pobre y villano
le vende el astroso traje,

sin saber de dónde vino,
del rey se pone delante,
y esperando de la fiera
el empuje formidable,

hace broquel de su sayo,
desnuda el hierro tajante,
y en la alta cerviz del toro
tiene tal tino al clavarle,

que lanzando por la boca
negros torrentes de sangre
al rey y á la muerte á un tiempo
rindió el bruto vasallaje.

VI

¿Quién recompensó al villano?
¿Quién puede decirlo? Nadie.
¿Quién de cosa tan pequeña
iba entonces á ocuparse?

Es más; la historia padece
olvidos tan lamentables
que puede que ni noticia
se guardara de aquel lance

si más previsores que ella
los más celebrados vates,
poniendo en prensa el ingenio
y torturando el lenguaje,

de sonetos y canciones
no escribieran centenares:
*«A la muerte que en la Tela*
*dió á un toro Felipe el Grande.»*

VII

Después de todo ¿en qué asunto
puede el ingenio emplearse
que mayor respeto inspire,
que más justo asombro cause?

Ensalzar de la realeza
las glorias, siempre es loable,
y de no mentir un poco
¿qué diablos iba á cantarse?

## Tal para cual.

—¡Mujeres, lo que son hombres!
—¡Hombres, lo que son mujeres!
*(Rojas.)*

I

—¡Adiós!..... Mi suerte tirana
me manda á Flandes partir,
¿qué galán vendrá mañana,
Isabel, á tu ventana
quejas y amores á oir?

—César, que el olvido esperes
de quien tanto te ha querido!
—Sé, mi bien, cuanto hoy me quieres;
Mas diz que va en las mujeres
Tras de la ausencia el olvido.

—Yo sí que con la distancia
veré mi amor olvidado,

qne hay una máxima rancia,
que dice que es la inconstancia
patrimonio del soldado.

—¡Oh! Jamás te olvidaré,
jamás, Isabel querida.
—Y yo ¿olvidarte podré?
—Si eres vida de mi vida.
—Si eres la fe de mi fe.

—El rizo que me has pedido
simbolice mi pasión.
—Siempre en mi pecho prendido,
Sabrá si á tu amor rendido
palpita mi corazón.

—¡Adiós!... En tu alma guardada
queda el alma de los dos.
—En la tuya va encerrada
la mía.
—¡Prenda adorada,
Adiós!
—¡Mi César, adiós!

***

Dos besos murmuradores
se oyeron tras una queja,
y dos lágrimas de amores

se perdieron en las flores
que ornaban aquella reja.

Mientras, de misterios llena,
la luna, siempre callada,
miró un instante la escena
y fuése á perder serena
tras una nube azulada.

II

En pos de una y otra hazaña,
y después de esfuerzos grandes,
terminóse la campaña,
y al fin tornaron á España
los bravos tercios de Flandes.

Y una noche clara y fría,
de una puerta so el dintel
un soldado se veía
observando en són de espía
las ventanas de Isabel.

Ella, que á la reja estaba,
pronto á César conoció.
Un rizo al pecho llevaba...
¡Pobre Isabel! sospechaba
que era aquél que ella le dió!

Y él, que á Isabel distinguía,
murmuró con hondo afán:
—¡Oh! ¡Me espera todavía!—
¡Pobre César, no sabía
que esperaba á otro galán!

Y mientras cierra la bella,
y huye veloz el doncel,
dicen en son de querella:
*El.*—¡Oh! ¡Qué constante es *ella*!
Y *Ella.*—¡Qué constante es *él!*

***

De aquellos besos de amores
Ya no se oyeron los giros;
Sólo á esconderse en las flores
Corrieron murmuradores
Los ecos de dos suspiros.

Y en tanto, siempre velada
por su eterna palidez,
la luna, triste y callada,
tras de una nube azulada
corrió á esconderse otra vez.

## El valor de las palabras.

Verdugo el pecado mismo.
*(Juan Rufo.)*

I

Mucha cadena de alquimia,
muchas plumas en el fieltro,
mucho de barbas de gancho,
mucho de mirar zahareño,

Espada de más de marca,
y entre jubón y gregüescos
tanto color, que se duda
si es gala ó si son remiendos,

Una mañana á las Gradas
llegó cierto Beltenebros
tosiendo de «de por vida,»
mirando de «vaya arredro.»

Y aproximándose á un corro
en que se daba comento
á cierto triunfo alcanzado
sobre el francés por los nuestros,

exclamó:—Por vida mía,
y hablando con el respeto
que usarcedes se merecen,
juro en Dios que no comprendo

cómo hidalgos que blasonan
de tal experiencia y seso
á tanta y tanta patraña
como les cuentan dan crédito.—

Y sin curar de que todos
con mal humor manifiesto
de su intrusión por protesta
guardaban hostil silencio,

siguió:—¡Victorias! ¡Victorias!
A otro can con ese hueso.
Esas estafetas mienten.
¿Qué triunfos, ni qué embelecos

han de lograr nuestras armas
si tienen hoy los ejércitos
por cabos y generales
á gallinas ó muñecos?

Por el siglo de los míos
¿á mí venirme con eso,
cuando á puro arcabuzazos
tengo acribillado el cuerpo?

¿Y qué sucede? Que nadie
quiere escuchar mi consejo
y que en el ocio se pudren
mi valor y mis talentos.

Y ¿por qué? Porque hoy estorban,
ó estorbamos, los que en tiempos
á contener nuestros triunfos
el mundo hicimos pequeño.

Porque ahora, mientras que logran
no más ventajas y medros
mancebos barbiponientes
sólo en adamarse diestros,

hambrientos y derrotados
andan los soldados viejos
que dieron en otros días
lustre á los antiguos tercios.

Mal guiados, mal vestidos,
faltos hasta de sustento
y sin que los estimulen
ni los laureles ni el premio,

¿qué han de hacer nuestros bisoños
sino huir como conejos,
apenas suena un mosquete,
ante el francés ó el flamenco?

Por eso á usarcedes dije
que ni me explico ni entiendo
cómo fe á tales patrañas
presta gente de su seso.—

II

Callados quedaron todos
ante tales argumentos,
sin faltar quien al intruso
á dar fuera ya su asenso,

cuando de pronto en el corro
introduciéndose un viejo
á quien aún más que sus canas
daba á respetar su aspecto,

murmuró, mostrando claro
la indignación en su acento:
—¿Y á vos quién, seor don nadie,
os dió vela en este entierro?

El que de nuestros soldados
habla así, ya está diciendo
que ni fatigas ni glorias
compartió jamás con ellos.

Y el que goza de su patria
en abultar los defectos,
ni militó en sus banderas
ni es bien nacido ni bueno.

Cosas todas por mi vida
que prueba el estaros viendo
que al escuchar mis ultrajes
ni lleváis la mano al hierro.—

Dijo el anciano, y sin duda
vió el intruso en sus arrestos
tan claro que en las palabras
pudiera no estarse aquello,

que cuando todos un lance
daban por seguro y cierto,
á la crespa cabellera
dejando libre del fieltro,—
contestó:

—Vueseñoría
perdone, que bien advierto
quién es... Estamos conformes:
los bravos nos entendemos.—

Y como al tender la mano
hacia el indignado viejo
viera que éste le volvía
la espalda con menosprecio,

con las orejas más gachas
que batanado sabueso,
con gran chaocta de todos
hurtó entre la gente el cuerpo.

## La fuente del Acero

Cuánta niña sin colores
color fué á buscar allí,
y teñida de vergüenza
volvió á la villa á subir.
(A. HURTADO).

I

—De la fuente del Acero
ve, niña, á tomar el agua,
que los males que te aquejan
el acero los acaba.
Ve á la fuente y vuelve pronto,
te espero en las Calatravas,
que mientras curas del cuerpo
yo voy á cuidar del alma.—
Pausadas, graves, tranquilas,
dijo un viejo estas palabras
á una doncella de á veinte,
hermosa como unas platas.

Y dando á la niña el manto,
y él tomando fieltro y capa,
tras de llamar á una dueña
los tres dejaron la estancia.
Y cuentan que al separarse
en el umbral de la casa,
la dueña lloró de miedo,
lloraba el viejo de rabia,
y de vergüenza la niña
dos perlas rodar dejaba.

## II

Está la noche sombría,
la noche oscura y callada,
y á través de espesa reja
se oye confusa esta plática:
—¿Qué puedo hacer por tu honra?
—Salvarme, Diego, y salvarla,
que el fruto inocente llevo
de tu amor en mis entrañas.
Mi padre es viejo y honrado,
yo he mancillado sus canas,
si mi mano no le pides
á un tiempo á los dos nos matas.

—Imposible; estoy casado.
—¡Casado! ¡El cielo me valga!
—Escucha, Inés, un instante,
de nada sirven las lágrimas:
hacienda sobrada tengo
y es la de tu padre escasa...
Todo el oro lo remedia.
—Calla, miserable, calla.
¿Puede el oro devolverme
la estimación que me falta?
—Inés, no nos entendemos,
es fuerza ante todo calma;
si otro remedio no cabe
¿á qué malgastar palabras?
Trata de darme al olvido,
templa del viejo la saña,
y para evitar que duden
de tu clarísima fama
de la Fuente del Acero
sigue tomando las aguas.—
Rumor se escuchó de pasos
en pos de una carcajada;
é Inés, en llanto desecha
cayó al pié de la ventana,
mientras que su anciano padre
con sorda voz murmuraba:
—¡Manchas que empañan la honra
sólo el acero las lava!

## III

En la Fuente del Acero
una serena mañana,
este diálogo se oía
entre un galán y dos damas:
—Inés no baja á la fuente.
—¿Qué es bajar?—¡Suerte menguada!
ya en otras regiones mora,
anoche á Dios rindió el alma.
—¿Y cuál su dolencia ha sido?
—La misma que la impulsaba
á buscar con gran empeño
el alivio en estas aguas.
—¡Qué duelo para su padre!
—Su vida no será larga,
que el dolor y la malicia
la minan con torpe saña.
—¿La malicia en él se ceba?
—¿Quién de ella lograr escapa?
—¿Y en qué razones se funda?
—En coincidencias extrañas,
que anoche halló la justicia
no muy lejos de su casa
de un caballero el cadáver
cruzado de una estocada,—

Y aquí llegaba el cuentista
en su interesante plática
cuando vino á interrumpirle
cierto cruzado de Alcántara.
—¿Conoces la historia?—dijo.
—Ahora acabo de contarla.
—¡Qué lástima de doncella!
—¡Pobre Inés!
—¡Pobre muchacha!—
Y haciendo una reverencia
ambos á dos á las damas,
hacia la villa tornaron
en dulce amor y compaña.
Y es fama que uno decía
en tanto que se alejaban:
—Si en todas las que aquí vienen
hiciera este efecto el agua,
á la *Fuente del Acero*
pocas bajaran mañana.

## Lope de Vega.

(SONETO)

---

> Engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa.
> *(Cervantes.)*

Nunca he podido, Lope, comprender
las horas que concedes al vagar,
que no hay tiempo siquiera de copiar
las obras que has llegado á componer.

Que no todas revelan tu valer,
con razón puede un crítico apuntar;
mas el premio debido al bien hablar
lograste siempre en ellas obtener.

Soldado, sacerdote y escritor
has sido con tu aliento varonil
de nuestra escena casi el fundador.

Por morderte, la crítica sutil
te llamó Avellaneda el detractor.
¡A qué no alcanza la calumnia vil!

## Nobleza obliga.

Porque son sus melindres, postres y antes
alivio de cansados caminantes.
*(Lope de Vega.)*

Marica la de Alcobendas,
la de los ojos azules,
la que por amor del jarro
vive siempre entre dos luces,
pensando en que sus abriles
se le van volviendo octubres,
y que en el oro del pelo
hebras de plata le bullen,
muy tomada de albayalde,
á la ventana de bruces,
y los ojos dando caza
como corsarios de Túnez,
al ver á sus pies rendido
á Perico de Santurde,
traficante en cuchilladas,
sastre de humanos pespuntes,
y hombre, que aunque sus alientos

ahora en el ocio consume,
lleva escrita en las espaldas
una ejecutoria ilustre,
con una voz ceceosa,
entre remostada y dulce,
en estas doctas razones,
entre un suspiro, prorrumpe:
«Fué siempre honrar á las damas
de hidalgos pechos costumbre,
y al ofrecerme tu amparo
bien tu nobleza descubres.
»Que obligada le aceptara,
no tengo por qué te jure,
que árboles de menos toldo
me han solido dar techumbre;
»pero es nuestra vida noria,
los años son arcaduces,
que si los llena esperanza
luego desengaños fluyen.
»Y hoy harto sé que los hombres,
por el motivo más fútil,
ya no se acuerdan el martes
de lo prometido el lunes.
»Es mucho lo que se ofrece,
muy poco lo que se cumple,
que suele el más dadivoso
dar la paga en pesadumbres.
»Aún niña, darme su arrimo
juraron condes y duques;

mas duques no dan ducados,
y condes que dan, no cunden.
»Me sirvió luego un letrado,
doctor *in utroque jure*,
muy barbado de semblante,
muy rapado de chirumen;
»mas sólo porque en las leyes
de Toro instruirle supe,
él se acogió á las Partidas,
y al partir me dejó *in puris*.
»Médicos y boticarios
aún más que la peste tuve;
pero éstos, si no es la muerte,
nunca dan más que menjurges.
»Soldados, como á bandera,
aún hoy á mi puerta acuden,
más narradores de hazañas
que romance de Gazules.
»mas sábete que es en ellos
hasta la lascivia embuste,
que lo que es bolsa y espada
de castidad se les pudren.
»Un escribano, un corchete,
un soplón y dos tahures,
mariposas de mi fuego
se han abrasado en mi lumbre;
»pero por todo agasajo
me dió gente de tal fuste
unas barajas hechizas,

aire, tinta, polvo y mugre.
»Más bravos en mí han caído
que mosquitos en azumbre;
pero no he visto en mi vida
gente que tan poco dure.
»A unos les acaba un soplo,
á otros la penca les zurce,
y los más, hablando en culto,
las lanas al mar le tunden.
»Los años y la experiencia
me han enseñado en resumen
que se juntan pocas veces
lo deleitoso y lo útil.
»Y como, ya que no ha sido
mi vida cielo sin nubes,
hoy que empiezo esa bajada
que acaba en el *de profundis*,
»no quiero que, por pecados
que no han de quedar impunes,
la que vendió de sus carnes
acabe en comer legumbres.
»Por eso no te sorprenda
que aunque deseos me puncen
de honrarme con quien su nombre
vió de la fama en las cumbres,
»deseche un ofrecimiento
que obliga mis gratitudes,
y prefiera el real de á cuatro
del último transeunte.

»Que al fin y al cabo el dinero,
malhaya su podredumbre,
es la preciosa triaca
*qui tollit pecata mundi.*»
Bajó Marica los ojos,
frunció la geta Santurde,
y tras torcer de las barbas
la mal domada pelumbre,
encogiendo aquellos hombros,
nuevos Atlantes que sufren,
ya que no un mundo, unas ronchas
casi iguales en volumen,
murmuró: «Pues es tu gusto,
en paz queda y Dios te ayude,
que lo que en perderme pierdes
no está bien que yo divulgue.
»Mas como quiero probarte
que no han de hacer que renuncie
á servirte ni desdenes,
ni celos, ni ingratitudes,
»sólo te pido que mires
con cuánto me contribuyes,
para que el mal que me causas
á puros tragos sepulte.»
Y ya en la puerta, contando
de unas monedas la herrumbre,
añadió:—¡Cuánto en las hembras
el vil interés influye!

## Castigo sin culpa

*Necios jueces son los celos,*
*que sus ciegos tribunales*
*sin examinar testigos*
*condenan lo que no saben.*
(TIRSO).

Negra estaba la noche, ni una estrella
en el cárdeno cielo se veía.
Llegué hasta su entornada celosía
y un bulto distinguí pegado á ella.

Brilló en la oscuridad como centella
mi espada, se oyó un grito de agonía,
y yo huí sin mirar que cuando huía
dejaba tras de mí sangrienta huella.

Apenas despuntó la blanca aurora,
mi casa, de corchetes vi cercada.
¿Salvarme?... ¿Y para qué si era traidora?

Llegó en aquel instante su criada
y me dijo: «Os avisa mi señora
que ha cambiado ha tres días de posada.»

## Madre de quien no la tiene

...si apadrinan
sus favores mis desgracias
resucitarán mis dichas.
(TIRSO).

En la venta de los Sorbos
entró Marica la Torda,
protonuncia del pecado,
protonotaria de trongas.
La faz muestra demudada,
el habla entre tarda y coja,
que rostro y voz la trasmudan
no sé si el vino ó la cólera.
En juboncillo se viene,
por gala una saya rota,
chanclas en vez de chapines,
la caspa por toda cofia.
Ya que no afeites y mudas,
pasadas gracias adornan
lágrimas y flux los ojos,
zurrapas y pez la boca.

Todo los años lo gastan,
el tiempo todo lo asola;
¿quién ha de ver hoy ya cuervo
la que era antiyer paloma?
Al mirarla en la *bayuca*,
á temblar se echaron todas,
Andregüela la del Gafo,
la Chirinos y la Monda.
Sólo el Maullón, que con ella
anduvo en no sé qué historias
que hicieron que en las espaldas
les mataran unas moscas,
tuvo el valor de acercarse
hasta su excelsa persona,
en la diestra mano el jarro
y un resto de fieltro en otra,
y muy á lo comedido
le dijo:—¿De qué, señora,
se acuita la que fué un tiempo
mi regocijo y mi gloria?
—¿No he de acuitarme—Marica
contestó con ira sorda—
si veo que ya del siglo
se fué la vergüenza en postas?
Hable por mí la Rubielos,
ese colgajo de horca
que no vale, mal tasada,
del sepan cuantos la copla.
¿Por quién, no siendo por ella,

miro en pedazos mi honra,
mi buen nombre con mancilla,
manchada mi ejecutoria?
¿Qué quiere que al veinticuatro,
si me pregunta, responda
cuando á reclamarle vaya
de mi trabajo la costa?
Yo se la di por doncella,
el que él me creyó lo abona
que antes la ofreció las arras
que no palabra de boda.
Ella se mostró cordera,
después resultó leona,
que luego, como olió carne,
clavó la garra en la bolsa.
Y antes de que el veinticuatro
cobrara de su persona,
se le alzó, según las señas,
con sus vestidos y joyas.
Aun así la perdonara.
¿Qué madre hay que no perdona?
Y no hay iza que no tenga
en mí madre cariñosa.
Pero cuando la reclamo
los relieves que me tocan,
según rezan aranceles
que ella conoce de sobra,
con lágrimas en los ojos
me confiesa la muy boba

que de todos sus provechos
el Guro la dejó monda.
¡Hay afrenta semejante!
¿Puede haber mayor deshonra
que las que eduqué en el daca
rompan á hablar por el toma?
Si ya se ofrecen de balde
las que aún de gracias blasonan,
y no hay rufo que no pida
además de hechizos doblas,
ya pueden liar el hato
cuantas de mi oficio coman,
que para dar hembra gratis
cualquier maridillo sobra.—
Cuando tal cosa decía,
cariamostazada y hosca
por el corro la Rubielos
asomó la carantoña,
y aunque al pronto ante Marica
quedó convertida en gomia,
pálida como difunto
y encogida y temerosa,
sin duda porque razones
no debió hallar de más monta,
con un chapín la respuesta
iba ya á dar á la Torda,
cuando apareciendo el Guro
gritó:—¡Ténganse á la ronda!
¡Quien pueda se ponga en salvo,

que buscan no sé qué joyas!...
Y como ante el gerifalte
se desbandan las palomas,
en la antes henchida sala
sólo quedaron las moscas.
Es decir, solas no. El Guro,
desternillándose á solas,
y de lo de Algarrobillas
pidiendo unas cuantas lonjas,
se sentó cabe una mesa
diciendo con voz vinosa:
—Cuando ellas por mí trabajan,
no tengo miedo á las ronchas.

# La esposa de Antonio Pérez

(Á LA MÍA)

Constante adoro á quien mi amor maltrata.
*(Sor Juana Inés de la Cruz.)*

I

Cuenta la fama y no miente,
si no estoy mal informado,
que Pérez, aquel privado
del rey Felipe el Prudente,
dando tregua á la ambición
que en su cerebro rugía,
á una mujer, cierto día,
entregó su corazón.
Y como en el mundo es llano
que el corazón vale poco,
Pérez, muy cuerdo ó muy loco,
también la entregó su mano.
Mas aunque Juana Coello

era, al decir de la fama,
dechado de toda dama
desde la planta al cabello,
Pérez, á quien interesa
más el medrar que el querer,
esclavo se llegó á ver
de cierta astuta princesa,
que á pesar del estrabismo
que su vista desfigura,
es portento en la hermosura
y en las dobleces abismo.
Por eso aquel que, insolente,
pequeño el mundo encontró,
y que hasta á pensar llegó
que el bien dura eternamente,
en la embriaguez del poder
alguien le oyó murmurar:
«Ya no me puede estorbar
nada... más que mi mujer.»

II

Pasó tiempo, y como nada
es durable en esta vida,
Pérez vió desvanecida
su privanza ambicionada.
Y como en su suerte artera
en cierto miércoles santo
viera un porvenir de llanto

por término á su carrera,
buscando alivio á su suerte
sólo encontró en su aflicción
por principio la prisión,
por desenlace la muerte.
Entonces su afán profundo
pidió alivio á sus dolores,
y sólo halló los rencores
del rey Felipe segundo.
Buscó una mano y en vano
con hondo afán la buscó...
Pérez caído, no halló
quien le tendiera una mano.
Ya en la obscura calle oía
la ronda que se acercaba,
y él aún airado esperaba
un algo que no venía.
Y en su horrible frenesí
no viendo á nadie llegar,
con rabia llegó á gritar:
«¡Nadie se acuerda de mí!»
Pero cuando iba á ceder
al fin á su suerte inquieta,
vió que una puerta secreta
le abrió al fin una mujer,
—¡Juana!—acertó á murmurar:
—¡Huye!—le gritó su esposa.—
Que el fin de tu suerte odiosa
yo sola debo esperar.

Y es fama que anonadado
y mal con su suerte á gusto,
en la iglesia de San Justo
logrando tomar sagrado,
sus yerros al comprender
el antes fuerte valido,
se vió por todos vendido,
salvado por su mujer.
Por eso, allá en Aragón,
el alma de duelo opresa,
hablando con Gil de Mesa
decía en cierta ocasión:
«Al fin, de mi historia odiosa
solo lloro arrepentido,
no haber antes comprendido
todo el amor de mi esposa.
»Que loco ha sido á mi ver
no llegar á sospechar,
que hay más dicha en el hogar
que en la cima del poder.»
Y cuando, ya perseguido,
buscaba en suelo extranjero
asilo, el que fué altanero,
del rey Felipe el valido,
Es fama, que, ahogado en llanto,
murmuraba con despecho:
«¡Qué feliz me hubiera hecho!
¡Me amaba la pobre tanto!»

## III

¿Y qué recompensa el cielo
concedió á aquella mujer,
que una mártir llegó á ser
de su amoroso desvelo?
En una prisión obscura,
de sus hijos rodeada,
vió su existencia cercada
de estrecheces y amargura.
Falta de fuego y de pan
en los inviernos más rudos,
de sus hijuelos desnudos
remendando con afán
Los vestidos harapientos
que sus carnes no cubrían,
sus labios no balbucían
ni sollozos, ni lamentos.
Mas ¡ay! en el corazón
de aquella infeliz mujer,
¡qué cantidad debió haber
de odio para la ambición!
Tal vez conturbada el alma
por aquella lucha ruda,
manchó alguna vez la duda
de su martirio la palma.

Mas aquel amor profundo
que en su pecho se arraigó,
para triunfar le bastó
del rey Felipe segundo.
Que si hoy odios bien fundados
siguen en su tumba fría
á aquel rey que no veía
puesto el sol en sus Estados,
Sólo para encarecello
citará siempre la historia
el nombre de eterna gloria
de doña Juana Coello.

## Felipe II

(SONETO.)

Está el engaño á la lisonja asido.
*(B. Elisio de Medinilla.)*

A falta del arrojo y de la audacia
heredó de su padre Carlos quinto
de la torpe ambición el fiero instinto
y la artera y tortuosa diplomacia.

Asilo dando al dolo y la falacia
de su pecho en el lóbrego recinto,
á su inflexible cetro en sangre tinto
la suya propia en vano pidió gracia.

Pérez, Egmont, Lanuza y Escobedo
fantasmas son que de su falsa gloria
desgarran el sudario con el dedo.

Esfinge impenetrable de la historia,
aún hay quien le defiende con denuedo
hoy que es padrón de infamia su memoria.

## Regidores y regidurías

Decir verdades para descubrir el mal gobierno para que se enmiende, es nna libertad que parece advertimiento.

*(Saavedra Fajardo.)*

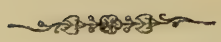
Del Salvador en la plaza,
y un oscurecer por cierto,
de este modo dos hidalgos
daban suelta á la sin hueso:
—Anda revuelta la villa,
que en la casa del concejo
cosas, ni limpias, ni claras,
dicen que se han descubierto.
—Se cuenta que hay regidores
que sus varas han depuesto,
y otros que andan enredados
en yo no sé qué procesos.
—La sala de alcaldes cartas
ha tomado ya en el juego,
y por resmas se emborrona
el nuevo papel del sello.

—Personajes principales
se señalan como envueltos
en cosas que el vulgo llama,
con razón ó no, cohechos.
Se mientan maravedises
que se contaron por cuentos...
—De brujas ó aparecidos,
pero que no parecieron.
—Hay regidor á que achacan
ser Raimundo Lulio nuevo,
que, más feliz que el pasado,
trueca en oro los empiedros.
De otros, menos alquimistas,
dicen que, limpiar queriendo
la suciedad de las calles,
sólo bolsillos barrieron.
Refieren que hay quien consigue
por arte de encantamiento,
trocar en ricos palacios
hasta baldíos y yermos.
Y mientras por hacendosos
unos aspiran á premios,
volviendo á dar por flamantes
no sé qué artefactos viejos,
otros, por honrar sin duda
la profesión de logreros,
venden en las hosterías
oficios de regimiento.
—Pero esta vez el castigo

será ejemplar y tremendo
para aquellos que resulten
culpables.
—¡Pues no ha de serlo!
El popular, irritado,
reclama ya un escarmiento,
y hasta el rey en el asunto
ha mostrado tal empeño
que, por lo menos, desquite
hemos de hallar todos, viendo
que salen á la vergüenza
los que jamás la tuvieron.
—Bien hecho, por vida mía,
que es justo dar el ejemplo
en castigar á los grandes,
dando amparo á los pequeños.
A esto llegaba la plática,
cuando un soldado, que oyendo
estaba junto á una esquina
tan rectos razonamientos,
cortés llegó á los hidalgos
en una mano el sombrero,
murmurando:
—Me perdonen
ucedes, pero sospecho
que, mejor que á la experiencia
su recta intención oyendo,
auguran á este negocio
muy distinto acabamiento.

Recuerden vuesas mercedes
que no es esto caso nuevo
y jamás con regidores
que hacer tuvo el pregonero.
Después que se escriba mucho
y que se grite no menos,
todos á empuñar sus varas
volverán con gran contento,
y mientras limpios de culpa
vuelven todos al concejo,
tan corridos como mona
los demás nos quedaremos.
Y por Dios, que el desenlace,
que claro como el sol veo,
más que por los gritadores
por los que callan lo siento;
que yo no sé dónde he oído
que el can que ladra más recio
ser suele aquel que al vecino
ve llevarse el mejor hueso.
—¡Puede que el seor soldado
tenga razón!
—¡Si la tengo!
Y el mal es que á tal dolencia
nunca se hallará el remedio.
—¡Eso no, por Cristo!—á una
los dos hidalgos dijeron.—
Malo es el tiempo que corre,
mas tras él vendrá otro tiempo.

—Si á dos siglos de distancia
resucitarais, sospecho
que, aunque con otros collares,
hallarais los mismos perros—
gruñó el soldado. A las cejas
se echó nuevamente el fieltro,
y como á las oraciones
tañera más de un convento,
á cumplir como cristianos,
mohinos, se dirigieron,
hacia San Justo el intruso,
los otros al Buen Suceso.



# Las gradas de la Victoria

Prevengamos el remedio,
que á las almas nobles toca
castigar fraudes ó yerros.
(*Rojas.*)

I

Con un canuto de lata
mal suspendido del cuello,
de una cinta con más nudos
que cordón de Recoleto;
Sin asomos de camisa,
hechos trizas los gregüescos,
y unas tiras de gamuza
diciendo aquí fué coleto;
Con una pierna de palo,
un parche en el ojo izquierdo,
y de sucio cabestrillo
pendiente el brazo derecho;
De la Victoria en las gradas
con avinagrado acento,
cierta mañana un soldado
limosna estaba pidiendo.

Y al mirar que, aunque decía
con voz dolorida aquello
de «Esta pierna perdí en Salsas,
y en Maestrick este otro remo;
y tras sufrir en las Dunas
dos heridas en el pecho,
én Nordlinga me dejaron
de un arcabuzazo tuerto,»
ni una pieza segoviana
fuera á caer en su fieltro;
disfrazando de oraciones
tres por vidas y un reniego,
gruñó para sí: «¡Pardiobre,
que anda ya el oficio bueno;
hoy por lo visto no saco
para un trago de lo añejo!»
Y ya de pié se ponía
de su suerte maldiciendo,
cuando al ver que un barbilindo
muy garifo y muy compuesto,
tan enguantado de manos
como rizo de cabello,
mirando hacia todas partes
se encaminaba hacia el templo,
se volvió á su duro escaño,
desarrugó el hosco ceño
y haciendo por que sus voces
llegaran hasta el mancebo,
se puso á gritar: «¡Hermano,

líbrenos el rey del cielo,
de una tentación, el alma,
de un aire corrupto, el cuerpo!»

II

En cuanto á oídos del mozo
llegó tal canturia ó rezo,
cual flecha que el arco lanza,
llegó al lisiado resuelto,
y revelando en su tono
ser ya conocidos viejos,
estas frases se cruzaron
rápidamente entre ellos:
—¿No vino aún?
—Es muy pronto.
—¿Pero vendrá?
—Así lo espero,
que nunca falta á la misa
de diez. Ya estoy en acecho.
—¿Puedo por hoy seros útil?
—Con prudencia y con misterio
es preciso que á sus manos
llegue este billete.
—Entiendo.

Y como ambos una dama
vieran venir desde lejos
precedida de una dueña
de tocas y manto luengos,
en tanto que entre el gentío
hurtaba el galán el cuerpo,
un papel y una moneda
ocultando en el chapeo,
con voz siempre quejumbrosa
siguió el lisiado diciendo:
—¡Tengan lástima á un soldado
mal herido y bien enfermo!

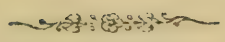
III

Desde un rincón de la lonja
que da á la Victoria ingreso,
dos ancianos venerables,
de noble y marcial aspecto,
con la indignación pintada
en sus semblantes severos,
con airada vista siguen
del pobre los movimientos.
Y al ver que por fin la dama,
mucha caridad fingiendo,

cambió en manos del mendigo
por una moneda un pliego,
pálido el rostro de ira
exclamó al cabo uno de ellos:
—¿Y ahora de nuestros soldados
seguís la defensa haciendo?
—Callad, por Cristo, don Lope—
exclamó su compañero—
los bravos que en Francia y Flandes
dejan sus honrados huesos
son en tan alta manera
dignos de nuestro respeto,
que los ofende y me ofende
quien los compare con esos.
—¿Es decir que?...
—Yo os respondo
que ese rufián embustero
jamás escuchó en el campo
de un arcabuz el estruendo.
—Decid más bien que esta corte
en donde tienen su asiento
el más cínico descoco
y el más bajo desconcierto,
es iglesia que sagrado
ofrece á los que debiendo
estar en nuestras galeras
purgando imborrables yerros,
disfrazados de soldados,
venden por gloriosos hechos

reliquias que en las tabernas
y sin reñir adquirieron.
—Razón tenéis, buen amigo,
—le contestó el otro viejo
subir dejando á la boca
la indignación de su pecho.—
Y en tanto los veteranos
de nuestros gloriosos tercios,
sin cobrar una soldada,
faltos hasta de sustento,
al mirar tanta miseria,
de justa vergüenza llenos
antes que manchar la espada
que cien veces esgrimieron,
vencidos hoy por el hambre,
ellos que invencibles fueron,
siembran campos y caminos
con sus insepultos cuerpos.
Y aquí el viejo decorando
su discurso con dos ternos,
concluyó, poniendo punto
á todo razonamiento:
—Mas ¿qué ha de pasar, por Cristo,
en un país en que vemos
que no hay para gobernarnos
más que malvados ó necios?
Y ambos interlocutores,
con hosco y airado gesto,
á oir la misa se entraron

en el interior del templo.
mientras gritaba el mendigo
con estudiados lamentos:
«¡Hagan limosna á un soldado
que encaneció al rey sirviendo!»



## Un alguacil

Con estos merecimientos
me gradué de corchete.
Lo que puede la virtud
y el aplicarse las gentes.
*(Quevedo.)*

Comenzó sus oficios á cursar
mostrando hacia lo ajeno tal pasión,
que las moscas en más de una ocasión
la penca le espantó del espaldar.
Más tarde, comprendiendo que el hurtar
es oficio que exige precaución,
sentó primero plaza de soplón
y consiguió más tarde alguacilar.
Hoy, al cabo, hecho todo un ministril,
tan á conciencia llena su papel
que echa el guante á un rufián entre cien mil.
Y es á su nueva profesión tan fiel,
que si se ve al espejo de perfil
impulsos siente de prenderse él.

## Consejos de la experiencia

En la lengua los amores
y en la mano el arancel.
*(Romancero.)*

Ante un braserillo cojo
en que el herraj asemeja
mocedades muy en duda
bajo canas más que ciertas;
embutida en unas tocas,
que en vano en fingir se empeñan
ancianidad venerable
lo que es de los años lepra.
Con aires entreverados
entre lo de madre y dueña,
y los ojos vueltos náufragos
en dos golfos de laceria,
medio siglo y otro medio
hechos carne en una vieja,
con la voz fondos en asma
dicen así á una doncella:

«Los tiempos están muy malos,
niña Aldoncica, no hay pesca,
que las bolsas se recatan
y no se guardan las hembras.
»Los hombres han conocido
que es mejor lo que no cuesta,
y si pueden pecan gratis
y si no pueden no pecan.
»Ya sólo les enamoran
guardainfantes y polleras,
que es, como en pastel de á cuatro
dar crédito á la corteza.
»Damas de copete buscan,
la intención es manifiesta,
como ellas les piden culto
ellos fingen no entenderlas.
»Cuando dan, dan á poquitos,
y es que con ello se adiestran,
que dicen que quien da poco
de no dar nada está cerca.
»Verdad es que no les sale
al fin y al cabo la cuenta,
pues lechucillas de bolsas
la mejor lámpara secan.
»Ya el agua de garapiña,
ya en el río una merienda,
ya el coche para el Sotillo,
ya las ligas, ya las medias.
»Son puñaladas chiquitas,

pero de virtud tan cierta
que á bolsa que las recibe
sólo le alcanza el *requiescat.*
»Otros son mucho más cautos,
y para no amar de veras
amantes á lo divino
sólo de monjas se prendan.
»Estos perderán el alma,
mas no perderán la hacienda,
que entre el «te quiero» y el «pido»
ponen del claustro la reja.
»Los tontos andan escasos,
los discretos menudean,
y hay hoy mancebico albillo
con más conchas que una dueña.
»Ya ves que no van errados
mis años, si te aconsejan
que si es que á tu medro miras
vayas buscando otra senda.
»Sólo si el vicio aborreces
debes persistir en ésta;
que poner precio al pecado
tanto al pecador ahuyenta,
»que bien puedo asegurarte
que hoy el orden que profesas
puede servir, por austero,
de ejemplo á una recoleta.
»Mas como ocurrirte puede
que si ahora el mal no remedias

nunca sepas por el busto
que Felipe es el que reina,
»no extrañes que te aconseje
mi ya cansada experiencia
que, sin dejar el pecado,
mires de qué modo pecas.»
Hizo aquí punto la anciana,
lanzó un suspiro de á tercia
y empezó á pasar contrita
de su rosario las cuentas,
mientras tanto que la moza
de su atrición dando muestras,
un «entre ucé, seor hidalgo»,
ceceó desde la reja.

## Felipe III

(SONETO).

Mirando estaba un retrato
del rey Felipe tercero.
*(Romancero.)*

Bien ha de hacer, por Dios, la edad futura
¡oh gran Philipo! si te llama *el Pío*,
que por mirar al cielo tu desvío
se olvida de esta tierra sin ventura.
¿Qué importa que por ti la agricultura
perezca, si la fe cobra más brío,
y no se ve morisco ni judío
ya de tus vastos reinos en la anchura?
Si ves tu augusta majestad hollada
por ambiciosos del poder sedientos,
eso á tu salvación no importa nada.
Tus soldados de Flandes macilentos
no cobrarán su mísera soldada,
pero en cambio ¿qué falta en los conventos?

## La flor de Vallecas

Quien alas de cera viste,
mal hace si al sol las fía.
*(Góngora.)*

I

—Mal segura villana,
blanca azucena,
¿á dónde va la hermosa
flor de Vallecas,
que hasta á sus ojos
en rojas llamaradas
se asoma el gozo?
—¿Y tú, pobre gitana,
me lo preguntas?
Voy á buscar ansiosa
mejor fortuna.
Voy á la corte,
que es allí donde deben
lucir las flores.

—Vuelve, hermosa villana,
vuélvete presto,
que una raya en tu mano
me está diciendo,
que en las ciudades
corren para las flores
vientos fatales.
Vuelve, vuélvete pronto,
vuelve á tu aldea,
vuelve á ser la temprana
flor de Vallecas.
Ve, que si tardas,
van á quedar marchitas
tus puras galas.
Y al decir la gitana
tan tristes frases,
una lágrima amarga
vino á ocultarse
entre las ondas
que del negro cabello
las trenzas forman.
Pero la hermosa niña,
sin escucharla,
se alejó murmurando:
—No temáis nada,
voy á la corte,
que es allí donde deben
lucir las flores.

## II

—Mal segura, villana,
mustia azucena,
la que fué la más pura
flor de Vallecas,
¿de dónde vienes
que las lágrimas surcan
tu tez de nieve?
—¿Que de dónde, gitana?
Con tristes voces
mi llanto está diciendo
que de la corte,
que es donde dejan
las flores campesinas
su pura esencia.
—Mal herida paloma,
rosa marchita,
la raya de tu mano
qué bien decía,
que en las ciudades
soplan para las flores
vientos fatales.
Corre, corre, villana,
vuelve á Vallecas,

á ocultar tus dolores
y tu vergüenza.
¡Ya no habrá nadie
que tu pura inocencia
pueda envidiarte!
Y al recordar la niña
su suerte aleve,
una lágrima amarga
corrió á perderse
entre las ondas
que del suelto cabello
las trenzas forman.
Y en tanto que se aleja
con débil paso,
murmura la gitana,
bañada en llanto:
—¡También marchita
mi inocencia en la corte
quedóse un día!

## Don Juan Ruiz de Alarcón

(SONETO.)

—Un injusto rigor sufrir no es justo,
—A ser justo, ¿qué hicieras en llevallo?
*(Alarcón.)*

Una corcoba atrás y otra delante,
pálido el rostro, triste la mirada,
y en dos lacias guedejas encuadrada
una frente severa y arrogante.
Ni una vez se contrajo su semblante.
Si más de una comedia vió silbada,
ni llegó nunca á su alma bien templada
de la envidia el ladrido penetrante.
Un siglo entero escarneció su nombre,
porque no supo ver, tras tal corteza,
grande al poeta, irreprochable al hombre.
Mas no en su siglo la injusticia empieza.
En el error de un siglo ¿qué hay que asombre
si errando comenzó naturaleza?

## También hay duelo en las damas

A MI QUERIDÍSIMO AMIGO CELSO LUCIO.

A más no poder mujeres,
hembras de la vida airada.
(*Quevedo.*)

Sobre si el mosto era malo,
sobre si era bueno el mosto,
las teces decoloridas
y ensangrentados los ojos,
De casa de los pellejos
tomaron rumbo hacia el soto
Añasco y Garabatea,
jaques tan de tomo y lomo,
Que al verlos doblar la esquina
no hubo en la ermita uno solo
que no entonara en voz baja
por el ya muerto un responso.
—A celos me sube el tufo—
murmuró de allí á muy poco
Marica la Desmirlada,
peinando á uñadas el moño.

—No te precias mal de olfato—
la replicó por lo ronco
la Guanta, que anda bebiendo
por Añasco el viento á sorbos.
—¿Será que Garavatea
haya puesto en ti los ojos?
—O que Añasco por servirte
haya picado en celoso.
—Aunque humilde, soy muy dama
para recoger despojos
de quien busca sus galanes
en la mitad del arroyo.
—Y yo, aunque hacienda me falte,
tengo demasiado toldo
para vivir de quien vive
de lo que pecan los otros.
—¿Te da martelo algún duque?
—Más bajo mis miras pongo,
que hoy no hay grande que no sea
pariente de Puño-en-rostro.
Y pesia á tal, mis encantos
aún no están tan en su agosto
que haga lo que hacen algunas
que pagan lo que yo cobro.
—¡Ténganse allá las Tres Gracias!
¿Qué poetas en tu encomio
derrochan coral en labios
y amaneceres en ojos?
—Los mismos que al compararte

del rosal á los cogollos
alaban tus lozanías,
Antón Martín se haga sordo.
—Gracias á Dios que esos cuartos
de salud vierten arroyos:
de Moisés actuó el barbero
y ya no hay pierna sin chorro.
—¿Eso te lo dijo Añasco?
—No, sino el hé del demonio,
que está haciendo que mis uñas
se pudran de reconcomio.
—¿En qué quieres emplearlas,
mi reina?
—En ver si en tu moño
del asno en que te azotaron
hallo cerda á cerda el jopo.
—Pues de otro ahorcado los dientes
encarga, que sin adobo
vas á comer, como Añasco,
huesos usados por otros.
Y sin dar lugar la ira
á más kyries ni responsos,
un jarro lanzó á la Guanta
por pañizuelo á los morros.
Esta, estimando el obsequio,
entre encías gruñó un voto,
y la daga de los gatos
esgrimió con tanto arrojo,
Que antes de que su enemiga

pudiera ponerse en cobro,
la escribió sobre la cara
tres fojas de un protocolo.
Mas ¡ay! el hado en la guerra
es volterio y caprichoso,
y cuando iba la victoria
ya de la Guanta en abono,
cayendo la Desmirlada
sobre su adversaria á plomo,
aferró forzuda y ágil
con las rodillas sus hombros,
y al dar á la luz del día
todo lo al revés del rostro,
si no aplicó los doscientos
le debió faltar muy poco.

***

En tal punto del alarde
estaba aquel paso honroso,
que del ilustre senado
era solaz y alborozo,
cuando éste, sin admirarse,
halló en la puerta de pronto
á Añasco y Garavatea,
flamantes Cástor y Pólux.
Que de su amistad lo firme
demostrando á puros sorbos,

al contemplar la batalla
con un desdén lastimoso,
  estropajosos de frase
murmuraban casi á coro:
—¡No merecen tales hembras
dos hombres como nosotros!

## Tiempo perdido

(SONETO.)

Silvia, tus cabellos
y mejillas rojas,
si el tiempo los pinta
él mismo los borra.
*(Squilache.)*

Ya á los quince, de amantes rondadores
en su calle escuchábase la queja,
y á los veinte, una espada de su reja,
cortó más de una vez fragantes flores.
A los treinta, mirando sus amores
como se mira un sueño que se aleja,
triste llora, al pensar que se hace vieja,
de sus años perdidos los mejores.
Y á los cuarenta ya, viendo extinguido
aquel hechizo de su edad primera,
al ver en plata el oro convertido
del rizo que besaba su gorguera,
exclama con acento dolorido:
—¡Si volviera á nacer... lo mismo hiciera!

# Padre y juez

Le dejan, de amparo lejos,
los vilès con el espanto,
los nobles con el respeto.
*(Antonio de Mendoza.)*

## I

Seguido de dos corchetes
llegó el Alcalde de Corte
hasta los mismos umbrales
de la estancia de don Lope.
Allí se detuvo un punto,
que no es su pecho de roble,
y á fuer de padre adivina
del buen viejo los dolores.
Mas como á la vez no ignora
cuánto el deber se le impone,
y que del rey en servicio
es allí alcalde y no hombre,

Con el cuento de la vara
secos arrancó dos golpes,
esperando á que la puerta
girara sobre sus goznes.

II

Unos momentos más tarde,
con voz que pretende en vano
unir la cortesanía
á lo rudo de aquel paso,
murmuró:
—Vuestros perdones
antes que todo demando,
que si sé que no debiera
en vuestra pena turbaros,
á mis penosos deberes
ha de servir de descargo
el ver que, si no consuelos,
pueden justicia brindaros.
—Sabéis que es vuestra esta casa—
cortés repuso el anciano—
y á quien el rey representa
me debo como vasallo.
Hablad, que en lo que serviros

pueda, quedarán colmados
vuestros más leves deseos,
siempre para mí mandatos.
—Crueldad inútil sería
en mí querer recordaros
los lances de la tragedia
de que esta casa es teatro.
—Si en cabeza del proceso
debe constar el relato,
no os toméis pena por ello,
yo os ahorraré ese trabajo.
Un hijo solo tenía,
que, mozo, altivo y gallardo,
era á mi vejez cansada
gala, alegría y ornato.
En las armas y en las letras
le eduqué con los cuidados
de quien quiso hacerle digno
de un nombre ilustre y preclaro.
Si aprovechó mis lecciones,
no soy quién para juzgarlo,
que ya habrá sufrido juicio
de otro tribunal más alto.
Yo sólo deciros puedo
que en Flandes pasó dos años,
con pena mía, á los libros
más que á la guerra inclinado.
Sin otro aviso ninguno,
hará tres días escasos,

me deparó la ventura
la de estrecharle en mis brazos.
Hoy... Ya sabéis lo que resta.
Cuando pensaba encontrarlo
lleno de salud y vida
aún al reposo entregado,
Clavada al pecho una daga,
de roja sangre en un charco,
al pie de su propio lecho
sólo un cadáver he hallado.
Ya veis que en no ser prolijo
puse todo mi conato.
Tuve un hijo, no le tengo,
de Dios acato los fallos.—

III

Tal con voz ronca y entera
dijo el desdichado padre,
sin que una lágrima sola
por sus mejillas rodase.
Respetando sus dolores
calló un momento el alcalde,
y al fin murmuró:
—Del crimen
vos tal vez tengáis la clave.
Si sospecháis de hombre alguno,

no tenéis más que nombrarle,
que os juro por esta vara
que sabré hacer lo restante.—
Con una amarga sonrisa
acogió el viejo estas frases,
y mirando á los corchetes
de la puerta en los umbrales,
murmuró:
—Lo que deciros
tengo, no ha de oirlo nadie,
que antes que el juez me interrogue
fuerza es que al amigo hable.—
Y cuando solos se hallaron,
de un secreter á la llave
dando vuelta, ante los ojos
asombrados del alcalde
puso por toda respuesta
una daga, que señales
desde la punta hasta el pomo
mostraba de fresca sangre.
—¡Vos!...—aterrado ó dudoso
murmuró el juez.
—Pruebas tales
bien lo veis—dijo el anciano—
no pueden ser recusables.
—¿Es decir que á vuestro hijo?...
—Yo le maté. De sus padres
abjuró la fe, abrazando
de Lutero las maldades.

Esta cruz verde en mi pecho
me mandaba delatarle.
Mi honor hizo que el castigo
entre las sombras quedase.
Ahora sólo esperar puedo
que vuestra justicia falle.
Mi deber está cumplido:
haced lo que el vuestro os mande.

IV

Cuando cejijunto y hosco
de la casa de don Lope
unos momentos más tarde
salió el Alcalde de Corte,
murmurar con desaliento
le oyeron sus porquerones:
—¡Malhaya quien la justicia
puso en manos de los hombres!

## Juicios contradictorios

Por mí corren mis aciertos,
y mis hierros por los otros.
*(Alarcón.)*

I

—Me han dicho, niña, que de tu calle
turba el silencio más de una noche
no sé qué ruido de ayes y quejas,
de cuchilladas y de canciones.
Y hay quien añade que, á la mañana,
del sol alumbran los resplandores
trozos de espada, rotos laúdes,
rastro de sangre y ajadas flores.
Tu padre duerme, la dueña ronca,
sus blancas luces la luna esconde,
y aún se asegura que en tus ventanas
algún osado las plantas pone.

Si en algo tienes mis experiencias,
oye un consejo sin que te enojes:
«No abras por nadie tus celosías,
cierra los vidrios de tus balcones.»

II

—Me han dicho, niña, que por esquiva
no hay quien amante tu calle ronde,
ni hay quien te obligue con serenatas,
ni con billetes hay quien te acose.
Dormir tranquila puede tu dueña,
que ya á tu padre no se le esconde
que más te guardan tus esquiveces
que de tus rejas los hierros dobles.
Jamás se ha visto jinete alguno
que cuando bajas al Prado en coche
cabe tu estribo refrene el paso
ni de tus labios sonrisas logre.
Y hasta se dice que vas á misa
antes que el día su luz asome,
por evitarte que pueda nunca
tu breve huella seguir un hombre.
Si en algo tienes mis experiencias,
oye un consejo, sin que te enojes:
«No siempre es útil tanto recato;
lo bueno nunca del sol se esconde.»

## III

—Abrí una noche mis celosías,
y el aire tibio de aquella noche
llevó á mi oído rumor de espadas
y de laúdes sentidos sones.
Tendí á la calle mi vista inquieta,
y hasta mis plantas, no sé por dónde,
vi que llegaban en raudo giro
trovas, billetes, cintas y flores.
Y aunque medrosa dejé la reja
y de sus hierros cerré los goznes,
todos dijeron: «Nunca se casa
la que de tantos las quejas oye.»
Cerré más tarde mis celosías,
de negro manto mi faz cubrióse,
y ni del Soto pisé las hierbas
ni del Retiro crucé los bosques.
Ya solamente pudieron verme
subir del templo las gradas dobles
siempre de dueñas acompañada,
seguida siempre de rodrigones.
Y cuando á nadie daba motivo
de dirigirme sólo un reproche,
dijeron todos: «Nunca se casa
la que de nadie las quejas oye.»

Que me rondaran no era ayer bueno,
hoy es ya malo que no me ronden...
Dígame alguno, si es que lo sabe,
qué rumbo debe marcar mi norte.

IV

Calló la niña, lanzó un suspiro,
y el consejero la dijo entonces:
«En un buen medio lo justo estriba;
juicios ajenos nada te importen.»

## Fray Gabriel Téllez

(SONETO.)

Si al ver bajo el sayal del mercenario
los rasgos picarescos de esa cara
alguno de su dueño sospechara
que á manejar nació más que el rosario;
Si le sorprende que en su ingenio vario
la escena de comedias inundara,
y á la mujer en ellas retratara
con pincel por lo real extraordinario,
Contestaré al que tal diga importuno
que hoy ya versos no escribe, aunque le pesa,
temiendo que su fe discuta alguno.
Y es bien que sepa la malicia aviesa
que á la mujer conoce cual ninguno,
porque joven la amó, y hoy la confiesa.

## Pragmática nueva

Mancebos los que tenedes
buena cara y no mal talle,
y no hay misa que os redima
del purgatorio del hambre;
los que andáis con las mujeres
en dares y no en tomares,
inocentes de por vida:
salud y suerte. Sepades
que cansado ya Cupido
de que andéis por esas calles
hechos ánimas en pena
tras de cualquier guardainfante;
no queriendo que prosiga
la costumbre abominable
de que las hembras os tomen
antes por primos que amantes,
esta pragmática nueva
ha mandado que se saque
para corrección de damas
y escarmiento de galanes:

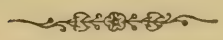
«Toda niña del agarro
y toda doncella errante
que armada de su hermosura
á caza de bolsas ande,
si quiere ejercer su oficio,
probanza habrá de hacer antes
de haber salido de tía
como los ríos de madre.
Desde esta fecha habrá bulas,
como ya las hay de carne,
para gozar de merienda
á orillas del Manzanares.
Y éstas, á más que extensivas
serán á San Blas y al Angel,
podrán expedirse sólo
á quien de cincuenta pase.
Como caza de señuelo
se prohiben los lunares,
toda clase de postizos,
las mudas y el enrubiarse;
para lo cual se encomienda
á todo galán que palpe
y que someta á lejía
la dama á quien recuestare.
Amador fondo en poeta
ha de cuidar de enmendarse
de hacer escolio ó registro
en que se recuerde al Dante;
y profesando en tomista

huirá de concepto ó frase;
por cultísima que sea,
en que el verbo dar entrare.
A las damas se autoriza
á tomar el sol y el aire,
no siendo en andamio, en toros,
ó en cazuela en los corrales.
Y atento á que sus saludos
son, como su sexo, frágiles,
sólo podrán beber frío
cuando haya hielos de balde.
Por lo demás, se autoriza
á que les den sus galanes
serenatas, si son músicos,
si poetas, madrigales.
Y todo aquel tan dichoso
que no tuviese estas partes,
además de darles celos
podrá desazones darles,
dejándolas por muy suyo,
en dominio incontestable,
de sus cabellos, el oro,
de sus labios, los corales,
de sus dientes, el aljófar,
de sus ojos, los balajes,
de su seno, los marfiles,
y de su aliento, los ámbares.
Si después de publicadas
estas letras credenciales

hubiese mancebo albillo
que en dar más de esto se pase,
podrán, por pena á sus yerros,
mis justicias obligarle
á maridar con ayuda
sin cobro alguno de gajes.
Y sacado á la vergüenza,
si es que alguna le quedase,
como á jarameño bruto
dueñas á rejón le acaben.»

—

Puerta de Guadalajara,
y previo són de atabales,
esta pragmática nueva
se pregonó cierta tarde.
Mas no habiendo ley alguna
que se dé para guardarse,
las cosas desde aquel día,
siguen como estaban antes.



## Deudas de la honra

Que es justo que den la muerte
al que fué ladrón de famas.
*(Juan de Jáuregui.)*

I

En Madrid, no es cosa rara
que cite el vulgo curioso,
como marido celoso,
al buen don Pedro de Lara.
Pues aunque nadie, á mi ver,
puede á su mujer tachar,
imposible fuera hallar
más celada otra mujer.
Y aunque ejemplo de candor
siempre es doña Ana citada,
entre honradas, por honrada,
y entre buenas por mejor,
como don Pedro delira
de amor por su dueño hermoso
no puede vivir, celoso
del aire que ella respira.

II

Una noche en que harto escasa
su luz mandaban los cielos,
ardiendo don Pedro en celos
daba la vuelta á su casa,
y algo extraño, pienso yo,
que á su oído llegaría,
cuando frente á una hostería
mudo y hosco se paró.
Quedóse un punto perplejo,
llevó la mano á la espada,
é iracunda la mirada
y fruncido el entrecejo,
sólo acertó á murmurar
con pena desgarradora:
—¡Por Cristo, que ya era hora
de tener por qué dudar!—
Y al par que el rostro cubría
con la capa y el sombrero,
con paso altivo y severo
resuelto entró en la hostería.

III

De una mesa en derredor,
entre botellas y dados,

barbilindos y soldados
cuentan historias de amor.
Y uno de ellos, cuya gloria
busca entre los otros eco,
en tono altanero y hueco
así da fin á una historia:
—Las cartas están ahí;
su contesto habéis oído;
ya veis que el pobre marido
juega mal papel aquí.
Que tal conquista me ufana
no hay de encarecello modo,
que, pues sabe Madrid todo
cuanto es virtuosa doña Ana,
dicho se está que cumplido
mi triunfo ha sido completo...
conque guardadme el secreto
y Dios dé paz al marido.
Y aunque no es mi historia rara,
ni mi gloria prodigiosa,
brindo por la casta esposa
del buen don Pedro de Lara.—

IV

Y aquí acabando el doncel
iba ya á apurar un vaso,

cuando saliéndole al paso
un hombre llegóse á él.
—Por Dios—murmuró—mancebo,
que tal la historia me agrada,
que pienso que ya escuchada
daros un consejo debo.
Y es que no echéis en olvido,
por dar que hacer á la fama,
que aquel que afrenta á una dama
ni es bueno ni bien nacido.
Y, pues en mí fuera mengua
vuestras frases tolerar,
me vais las cartas á dar
antes que os corte la lengua.—
Y esto al decir, dejó ver
tal majestad su talante,
que hubo en la sala un instante
que nadie se osó mover.

## V

Después de lo que pasó,
sólo decirse podría
que allí á poco la hostería
muda y desierta quedó.
Y aunque hay quien cuenta además
que es fama y cosa notoria

que aquella noche la historia
tuvo el término en San Blas,
yo tan sólo he de decir
que á dos bravos caballeros
los centellantes aceros
vió allí la luna esgrimir.
Que uno de los dos cayó
cruzado de una estocada,
que el otro envainó la espada
y al herido se acercó.
Y que éste, viendo llegar
de la muerte el trance rudo
sólo con trabajo pudo
estas frases murmurar:
—Hidalgo, muero por vos,
mas no os culpo de mi muerte,
que en este golpe se advierte
la justa mano de Dios.
Que ha tiempos os he conocido
fácilmente se declara...
Vos, sois don Pedro de Lara...
sólo que escuchéis os pido.
Sabed que loco fingí
la torpe calumnia impura;
no dudéis... doña Ana es pura:
las cartas que están aquí
de mi propia mano son.
Yo os lo juro, y os advierto
que nunca ha mentido un muerto.

¡Perdón, don Pedro, perdón!—
Y las cartas al sacar
de su ropilla el herido,
cayó lanzando un gemido
para no volverse á alzar.

## VI

Y es fama que cuando daba
don Pedro vuelta á Madrid,
alguno dicen que así
le hubo de oir que gritaba:
—Raro el caso encuentro yo,
que pocas veces se advierte
que dé la calumnia muerte
al mismo que la forjó.—

## Brújula de maridos.

Que de tales cabelleras
hay pocos maridos calvos.
*(Quevedo.)*

«De tu epístola colijo
que te me casas, Inés.
¿Qué quieres que yo te diga
sino que al fin haces bien?
Das en pensar que tal nueva
ha de enojarme. ¿Por qué,
cuando tú con ello ganas
y yo nada he de perder?
Virtudes de tu futuro,
no me encarezcas, pardiez,
que si él contigo se casa,
yo por santo le daré.
Que es sabido que en el cielo
tienen su puesto también
ciertos bienaventurados
á que yo nunca envidié.
¿Que con mi amistad te siga
honrando? Difícil es
honrarte; mas si con ello

te honras tú, yo te honraré.
Y con eso tu marido
me tendrá que agradecer
que haga yo mujer honrada
de la que nunca lo fué.
Un rizo de tus cabellos
que me diste cierta vez,
me demandas, y me adviertes
que devolvértele es ley.
Como todos los galanes
á que hiciste igual merced
tus cabellos te devuelvan,
buen moño puedes tener.
De mí te digo que nunca
en pelillos me paré,
y no guardo más los tuyos
que los que hallo en un pastel.
En trueque voy á mostrarte
si es mucha mi esplendidez,
no pidiéndote me vuelvas
los ducados que gasté.
Aun más que en agasajarte,
en domar la rigidez
de tu respetable tía,
de que Dios me guarde, amén.
Y que ya sabes que siendo
serpiente de cascabel,
no se amansa por dormida
hasta después de comer.

Regalo de boda creo
que de mí no has de querer:
pero si tú le quisieres,
seré yo quien no querré.
Que siempre tuve por tonto
á aquél que compra jaez
á caballo en cuyo estribo
otro ha de poner el pie.
Con esto más no te canso;
recibe mi parabién,
que no extiendo á tu futuro
por no parecer cruel.
Sin embargo, como aspiro
su amistad á merecer,
pues siendo ya cosa tuya
le miro con interés,
Dile que, si en un apuro
estima mi pequeñez,
en lo que sabes que valgo
con gusto le ayudaré.
Dios querrá otorgaros prole
tan larga como á Noé,
que el pandero se halla en manos
de quien lo sabe tañer.
Y de juro vuestros hijos,
al igual de los de aquél,
podrán al cabo cabeza
de razas distintas ser.
Adiós, y no para siempre.

De esta tu casa y á diez
del mes que ya va corrido
tal vez tu boda al saber.»

Estas letras dirigidas
por un soltero de bien
á una dama que aspiraba
á salir de doncellez:
Por no sé qué trabacuenta
fueron á dar en poder
del que á ser dispuesto estaba
maridillo moscatel.
Y aunque no dejó el cuitado
ni sílaba por leer,
y hubo lo de «¡Me engañabas!
¡Traidora! ¡Pérfida! ¡Infiel!»
Como al fin sucede siempre
lo que debe suceder,
cesaron al fin las dudas,
volvió á su pecho la fe,
Y al cumplirse la semana,
de un sacerdote á los pies
satisfecho recibía
á la dama por mujer.
Y ¿fué feliz? El dudarlo
sólo fuera avilantez.
En este mundo es dichoso
todo el que lo quiere ser.

## Dos bravoneles

Siendo su lengua el cuchillo
que examinó su valor.
(*Góngora.*)

A remoquetes y coces
se están haciendo pedazos
el Ganchoso y Juan Rebenque,
á cuál puede más de bravos.
Hay quien dice que son celos,
hay quien lo achaca á unos cuartos,
y otros á que el caso vino
del verbo sustantivado.
Rebenque para hacer boca
ya le arrancó á su contrario
á cercén casi una oreja,
casi á raíz medio labio.
Y éste, tomando del otro
las narices por tasajo,
muerde como si viniera
con tres cenas de retraso,

Cuando sintiendo el primero
que se le añuda el redaño
al sufrir una puñada
en el arcón de los flatos,
De miedo á volver el mosto
y con cordura pensando
que al tratarse de tal zumo
todo es mejor que soltarlo,
Haciéndose atrás un poco
llevó á la daga la mano
para tirar á la jeta
del Ganchoso un hurgonazo.
Este, entendiéndole el juego,
dijo sin decirlo: «Paso».
Y salió envidando á espadas
por palo mejor que el basto.
Con lo cual aquel negocio
camino hubiera tomado
de dar que hacer, para meses,
á alguaciles y escribanos,
Si de pronto en el partido,
para cobrar el barato,
la Tuerta é Inés la de Ambrujos
no hubieran de golpe entrado.
Verlas y quedar los jaques
más que sus valonas blancos,
cosa es que se dice en menos
que lo que cuesta el pensarlo.
Con lo que á Inés, que en latines

á veces mete su cuarto—
tal son las humanidades
que su persona ha cursado.—
Aquel *cedam arma togue*
que ya barbotaba el labio,
un terno de más de marca
ahogó por innecesario.
—Gallinas, más que gallinas—
gritó de allí á poco rato—
con vosotros tantos fieros,
con la justicia tan mansos.
Reñís de bien convencidos
de que no habrá que curaros
de un aruñón como el dedo
ni de un coscorrón tamaño.
Y sin embargo, ayer noche
se destripó el entruchado,
dispuesto para sorberle
la cadena al mayorazgo,
No más que porque á usirias
en poco toma un desmayo
de sospechar alguaciles
en lo que era solo un gato.
Vayan muy enhoramala
y denla sólo de guapos
con hembras á quien deslumbren
trampantojos y espantajos.—
Tal dijo. Y como el Ganchoso
acertara á alzar el gallo,

diciendo no sé qué cosas
de damas y de fregado,
  Las dos con los contendientes
con tal denuedo cerraron,
diluviando pescozones
y puñadas granizando,
  Que los dos perdonavidas,
como prudentes obrando,
sólo apelando á la fuga
lograron ponerse en salvo.

## Licenciamiento de dueñas.

I

«Aunque del manto los toscos pliegues
quieran celosos tapar tu cara,
aunque á la calle no salgas nunca
si arisca dueña no te acompaña;
aunque galanes y rondadores
miren tus rejas siempre cerradas
y no consigan tus celosías
abrir ni quejas ni serenatas,
yo sé de sobra que no te asustan
las dulces flechas que amor te lanza,
ni son del claustro las tristes sombras
con las que sueña tu virgen alma.
¿Que en qué me fundo? Yo lo diría
si no temiera que te enojaras.
Mas nada temas, no te sonrojes;
pues tú lo quieres, mi labio calla.»
Con el asombro del que despierta

cuando aún el sueño su mente embarga,
alzó la niña los claros ojos
y en su pupila brilló una lágrima.
Y como ducha la Celestina
de aquellos lances en las andanzas,
gruñó fingiendo piadoso rezo:
«No es gran victoria rendir tal plaza».

II

Hace ya tiempo que abiertas miran
aquellas rejas antes cerradas
los rondadores y los galanes
que el barrio aturden á serenatas;
ni ya la niña con tanto empeño
sus celosías cerrar encarga,
ni arisca dueña sus pasos sigue,
ni espeso manto su faz recata.
Las rondas dicen que á algún alcalde
hace tal calle perder la calma
pues ni una noche transcurre en ella
sin muertes, riñas ni cuchilladas.
Y hay quien añade, cuando la cruza,
los ojos vueltos á cierta casa:
«Podrá ser calle del Desengaño,
mas no es por cierto Puerta Cerrada».

III

Rugosa dueña de luengas tocas,
contrito el rostro, la vista baja,
así platica con un mancebo
que al pecho lleva la cruz de Alcántara:
—¿Podréis negarme que os he servido?
—Injusto fuera si lo negara.
Con maña obrásteis, de prisa fuísteis...
Quizá tal prisa mi tedio causa.
—¡Tedio!... ¿Por eso ceñudo os miro?
—Mas no es que quiera negar la paga,
es que no hay nadie que anhele el fruto
que del gusano manchó la baba.
—¿Luego?...
—Ya sobran vuestros oficios.
Vaya al infierno la madre Marta,
que ya terceras y dueñas huelgan,
según el mundo de prisa marcha.—
Caló la vieja los espejuelos,
hacia una bolsa tendió las garras,
y mientras casi vertiendo llanto
mira al mancebo volver la espalda,
para sus tocas triste murmura:
«Hay en sus frases razón sobrada:
si ya las niñas se pierden solas,
aquí las dueñas no hacemos falta.»

## Un retrato.

(SONETO)

—

¿Véis ese que al pasar por San Ginés,
hace devoto el signo de la Cruz,
mostrando de las gafas al trasluz
los ojos puestos en los zambos pies?

Pues ése el coco de las dueñas es;
las viejas le quisieron en Ormúz;
de los galanes de la Corte es luz,
político, poeta y santiagués.

Preso estuvo en San Marcos de León
un cierto memorial por escribir;
hizo eterna la fama de un Girón;

A fuerza de llorar hace reir
y del mundo ha de ser admiración...
Si ya le conocéis, ¿á qué seguir?

## El mentidero de comediantes.

Á MI QUERIDO AMIGO DON EUSEBIO ZUBIZARRETA

Esperemos en Dios, que no
no hay una sola vez en qué Él
no remedie nuestros daños.
(*Zabaleta.*)

I

Hay en la calle del Prado
frontero á la del León,
un lugar tan renombrado,
que no hay un desocupado
que no le tenga afición.

Su nombre imperecedero
de él hace elogios bastantes,
que fama en Madrid entero
tuvo siempre el *Mentidero*
*de histriones y comediantes.*

Y es que siempre en sitios tales
y en multitud de corrillos,

vierten donaires y sales
la nata de los *corrales*
*de la Pacheca y Burguillos.*

Que aunque hay quien suele decir
que gente de mal vivir
sólo el tal sitio frecuenta,
son calumnias con que intenta
la envidia su fama hundir.

II

Una mañana, asaz fría,
en tan extraño lugar
este diálogo surgía
de un corrillo que solía
juntarse allí á murmurar.

—Triste os encuentro y uraño,
seor Juan Rana.
—Por Dios,
y ¿qué lo encontráis de extraño,
si tengo el alma, Avendaño,
desde ayer partida en dos?

—¿Cuáles son vuestros dolores?
—¿Qué motiva tanta pena?
—Pues qué, ¿no sabéis, señores,

la desdicha de la Flores,
la reina de nuestra escena?

—¿Catalina?
—Sí, cabal.
—Hablad por mi santiguada.
—¿Le ha sucedido algún mal?
—Que ayer se quedó baldada
al dirigirse al corral.

Y al alma más dura y fría
de juro causara horror
al ver que con saña impía
hoy ya de la compañía
le ha despedido el autor.

—Pobre, enferma y sin consuelos,
¿qué hará en desventura tanta?
—Pidiendo por sus hijuelos,
áun hoy bendice á los cielos
con el fervor de una santa.

—Sólo su fe ciega extraño.
—Y, ¿qué habéis de decir vos,
siempre incrédulo, Avendaño?
—Digo, pues consiente el daño
que no puede existir Dios.—

Y estas frases al oir

alguno, según se cuenta,
gritó:—¡Bien dan en decir
que gente de mal vivir
sólo estos sitios frecuenta!

III

Con algo de la colmena
que agita sus aguijones,
así en el aire resuena
la voz de sarcasmos llena
del Mentidero de histriones.

Sólo con semblante uraño,
sentados en un escaño,
gimen su suerte tirana
el buen gracioso Juan Rana
y el comediante Avendaño.

De pronto al desembocar
por la calle del León,
casi á punto de llorar,
oyóse á un hombre gritar:
—¡Todos, prestadme atención!

—¿Qué ocurre, seor Benavente?—
le preguntó aquella gente.

Y él dijo:—¿Qué ha de ocurrir?
El milagro más patente
que nunca se pudo oir.—

Y ávida, inquieta, callada
quedando aquella reunión,
antes tan alborotada,
pareció cada mirada
viviente interrogación.

—Presa de agudos dolores—
comenzó el recién venido—
pobre y baldada, señores,
quedó Catalina Flores
hace ya un año cumplido.

La ciencia á aquella dolencia
remedio en vano buscó,
que al fin, vista su impotencia,
tuvo que decir la ciencia
su mal no le curo yo.

Pero ella sin desmayar
contestó con faz serena:
—Aún mi mal puede curar
el que con su voz enfrena
las crespas ondas del mar.

Y un día tras otro día,

á la calle del León
casi arrastrando venía
de una imagen de María
á implorar la protección.

Allí transida de pena
alguno la encontró ayer,
gritando:—¡Ponedme buena,
y os ofrezco una novena
cual nadie ha alcanzado á ver!

Y la pupila sagrada
de aquella imagen divina
lo dirigió una mirada,
cual diciendo: «¡Catalina,
levántate, estás curada!»

Y ella el cuerpo al levantar
gritó al verse sana y buena:
—¡Todo se debe esperar
del que con su voz enfrena
las crespas ondas del mar!—

IV

Esto oyendo, delirante
y ardiendo en contento vivo,

volvió Juan Rana el semblante,
mirando á su acompañante
entre airado y expresivo.

Y saltando del escaño
en el que estaban los dos,
gritó con semblante huraño:
—Y ahora, seor Avendaño,
¿diréis también que no hay Dios?

—¿Y cómo dudar podré
si al alma la verdad llega?
Desde hoy, seor Juan Rana, sé
que todo el que á Dios no ve
es porque su luz le ciega.—

V

Después de tal maravilla,
que de asombro el alma llena,
aún hoy conserva en la villa
su sacrosanta capilla
la Virgen de la Novena.

En ella encuentra el actor
alivio á más de un dolor

y consuelo en más de un daño,
y si hay algún Avendaño
que aún niegue su santo amor,

A ese sólo le diré,
en tanto que á su alma llega
el resplandor de la fe,
que todo el que á Dios no ve
es porque su luz le ciega.

## Don Francisco de Rojas.

(SONETO)

La fama que vos tenéis
por ser quien sois os aclama;
pero no dijo la fama
tanto como merecéis.
*(Rojas.)*

Por no dejar que cosas al coleto
el lagarto de paño colorado
te buscan un abuelo encorozado
y dicen que eres de israelitas nieto.

Mal haces, te lo digo aquí en secreto,
poniendo en desmentirlos tal cuidado,
cuando á ninguno cedes en lo honrado
y á todos aventajas por discreto.

Pregunta á ese aluvión de seres píos
¿quién como tú la fe defendería?
¿Quién comprendió el honor con tales bríos?

De mí puedo decirte que querría
descender de una tribu de judíos
firmando el *Entre bobos* y el *García.*

# La Hostería de la Paz.

Hubo mientes como puños,
hubo puños como mientes,
granizo de sombrerazos
y diluvio de cachetes.
*(Quevedo.)*

Á DOMINGO MUÑOZ

*A ti, querido pintor,*
*de antigua amistad en prenda*
*este esbozo de leyenda*
*hoy te dedica su autor.*
*Un cuadro, que á revelar*
*comenzó tu gran talento,*
*me dió asunto para el cuento*
*que me propongo narrar.*
*Tú, artista de corazón,*
*yo, rimador sin fortuna,*
*solamente nos aduna*
*nuestra común afición*
*á aquellos siglos gigantes*
*que alfombraron de laureles,*
*Velázquez con sus pinceles*
*y con su pluma Cervantes.*
*Mas como el hado fatal,*
*tratándome con desdén,*
*quiere que tú pintes bien*
*mientras que yo escribo mal,*

*áun tomando tus ideas,*
*mi ineptitud me probó*
*que nunca llegaré yo*
*á copiar lo que tú creas,*
*Por eso aunque con tenaz*
*empeño y vana porfía*
*haya querido hacer mía*
*tu* Hostería de la Paz,
*dos cosas buenas aquí,*
*no mas á ofrecerte vengo*
*el cariño que te tengo*
*y lo que copié de ti.*

I

En Madrid, y en una calle
cuyo nombre olvidé ya,
existe cierta hostería
de tanta notoriedad,
que no hay gente de la carda
que se permita ignorar
que todo el que fuere osado
á traspasar el umbral
bajo sus ahumadas bóvedas
de seguro encontrará
muy morisco al hostelero,
muy cristiano el mostagán.
Aunque ni mote, ni seña,
se vió en su puerta jamás,
si no es un ramo de oliva
á punto de deshojar,

el vulgo que á toda cosa
el nombre más propio da
dió en llamar á la bayuca
*Hostería de la Paz.*

II

En tal sitio, y cierta noche
sonada la queda ya,
tomando forma de jarro,
plugo á la suerte juntar
la nata de los hidalgos
á quienes Su Majestad
suele honrar dándoles plaza
en la marina real.
En una mesa y enfrente
de Pero de San Torcaz,
mozo á quien sin ser letrado
e mandaron á-bogar,
está Sancho de Albudeite,
hombre de madura edad,
y á quien vende por soldado
sobre su aspecto marcial
el llevar en el sombrero
más plumas que un palomar.
Contar sus hazañas fuera
sobrada proligidad,

pues, según dice la fama,
aunque no tomó jamás
ni las murallas de Amberes,
ni el castillo de Milán,
aún tiene, y siempre los tuvo,
alientos para tomar
bolsillos en los caminos,
y capas por la ciudad.
Más arriba, y engolfado
un pastel en destripar
está el bachiller Carranque,
graduado en Alcalá
y varón de tantas letras
que, á parte de remendar
cualquier doncellez quebrada,
convierte con equidad
los tuétanos de un ahorcado
en untos para volar.
Muy atiplado de tonos,
con él conversando está
cierto hidalgüelo postizo
muy preciado de galán,
y que todos sus empeños
los gasta en hacer pasar
por Medoro entre las sombras
lo que es al sol suciedad.
Por cima de la ropilla,
aculillada demás,
pues mejor que al sastre debe

lo agironado á la edad,
asomos de cuello y puños
en falso hicieran jurar
camisa, lo que son carnes
con más guarnición que Orán.
Castor francés llama al fieltro,
por Dios que bien dicho está,
que á puras buvas se muere
de francesa enfermedad.
Calvo ferreruelo gasta,
que aun siendo de gorgorán
de raja, por lo rajado,
bien le puede diputar.
Y por más que en puntos de honra
no se detenga jamás,
á puntilloso... de calzas
ni aun el rey le ganará.
El que tales portes tiene,
de niñas sin fija edad
se dedica entre dos luces
á tenebroso galán,
y es fama que de sus artes
menos se defenderá
una bolsa bien guardada
que una virtud por guardar.
Cuatro mesas de por medio
y en la mayor soledad,
un salpicón picajoso
haciendo á tragos pasar

está Cosme el de Antequera,
arrepentido rufián,
que es hoy convertido en fuelle
solapado vendaval.
Y en el rincón más oscuro
jugando al treinta y llevar
se ven al Guro, al Ganchoso,
Villodres y Escarramán,
hombres todos, que el que menos
cuando toma el *libro real*
de Aranjuez á los verjeles
por sus flores deja atrás.

III

Con tan ilustre senado
el decir ha de sobrar
que era una balsa de aceite
la Hostería de la Paz,
cuando de pronto, salvando
de las puertas el umbral,
en el centro de la pieza
quedó emplazado un jayán.
Bayosa de más de marca,
coleto sin adobar,
fieltro de faldas tendida
con su pluma de alcotán;

Encaramados los hombros,
el talle á medio encorvar,
la capa, por derribada
besándole el calcañal,
Bigote y barba buidos,
hosca y aceda la faz,
que un chirlo de más de á geme
divide por la mitad;
los ojos amodorridos,
ceceoso en el hablar,
con *jotas* que muda en *haches*
y *haches* que por *jotas* da,
muy pagado de valiente
era Juan Landre un rufián
de aquellos de «arredro vaya»
y «voacé téngase allá.»

IV

Ante su aspecto el concurso
se quedó sin resollar,
como el que aún no ve el nublado
y siente los truenos ya.
Hubo trago que no pudo
de la garganta pasar,
y hubo bocado de queso
que se quedó sin su pan.

En cambio no faltó alguno
que, dando un paso hacia atrás
más de un tercio de baldeo
sacara el aire á tomar.
En tanto el recién llegado,
llegándose á Escarramán,
con voz tomada del vino,
de este modo rompió á hablar:
—Voto á Crispo, que los bravos
se van acabando ya,
que los que el verdugo deja
los manda un soplo á remar.
Camino de hacerse monjas
los hombres ternes están,
y hay quien le toma un desmayo
si ve una mosca volar.
Esto dicho, me parece
que añadir está demás
que para cierta obra pía
aquí he venido á buscar
justamente los ducados
que sobre esa mesa están.—
Esto oyendo el aludido,
la baraja sin soltar
respondió:
—No siendo en eso
vuesarcé nos mandará,
pues cabalmente esta plata
está aquí para pagar

como manda de un difunto
seis misas de funeral.—
—Por ello no hayáis cuidado
que las misas se dirán,
y si es caso hasta un responso
por voacé se añadirá.—
Y como al decir tal cosa
indicara el ademán
de hacer con la plata ajena
juego de masecoral,
Villodres, que á comedido
nadie le ganó jamás,
por brindarle presto un trago
le arrojó el jarro á la faz.
Verse todo remostado
y echar la negra á volar,
cosa es que presto se dice,
pero lo hizo Landre más,
Y como que al propio tiempo
vieran en silencio entrar
cual por obra de un ensalmo
seis hombres en pos de Juan,
dando pruebas de que el potro
no los pudo hacer mancar,
no hubo daga que en su vaina
la dejara el dueño en paz.
Por aquí mesas caídas,
jarros rotos por allá,
taburetes que se ensayan

en aprender á volar;
puñadas bien dirigidas,
golpes que se paran mal,
capas que se hacen broqueles,
cuerpos que se oyen rodar.
Votos que un rasguño trueca
en ayes á la mitad;
los gemidos atiplados,
ronco y vinoso el jurar.
Y en medio de tanta zambra,
y en medio de ruido tal
el buen Albudeite busca
lo que aún perdido no está;
el bachiller, que del miedo
se le pone el vino mal,
en el hidalgo lo vacia
digerido á la mitad;
y mientras que los candiles
pugna el soplón por soplar,
prudente busca la puerta
con tres capas San Torcaz.

V

Hecha estaba la Hostería
campo de Agramante ya,
cuando al Ganchoso en mal hora

le vino en mientes soltar
de un pistolete que siempre
ceñido á su cinto va
tan escandaloso tiro
que hizo hasta el suelo temblar.
Como respondiendo al eco,
cavernoso y sepulcral
un «¡Ténganse á la justicia!»
se escuchó cabe el zaguán,
y los ojos asombrados
vieron con espanto entrar
tras de un Alcalde de corte,
de grave y ceñuda faz,
más corchetes y alguaciles
que en un auto de fe van.

## VI

Al verlos los contendientes
rehicieron pronta amistad,
y como es la unión quien logra
nuestros riesgos afrontar,
sobre la ronda cayeron,
con tan denodado afán
que muy en breve, gritando:
«¡Favor á Su Majestad!»
la turba de ministriles

se vió la calle cruzar
como banda de palomas
que persigue el gavilán.

VII

Unos momentos más tarde
tal calma volvió á reinar
en el sitio que fué escena
de aquella lucha campal,
que con razón dijo alguno
cabe la puerta al pasar:
«Bien te nombró el que te llama
*Hostería de la Paz.*»

## Bizarrías cortesanas.

(SONETO)

Que es mucho para burlando
y poco para de veras.
*(Lope.)*

¡Cuánto valor! ¡Qué arrojo y gentileza!
¡Eso se llama despreciar la muerte!
Ved cual del fiero bruto el golpe fuerte
sabe burlar con sin igual destreza.

Otra vez en la silla se endereza,
cita con el rejón á nueva suerte,
y al quebrarse el astil, cual masa inerte,
rueda á sus pies del toro la fiereza.

Rey Felipe, estar puedes orgulloso
al mirar por cien nobles repetido
lance que casi raya en fabuloso.

¡Es lástima, pardiez, que hasta tu oído
llegue en tal punto el eco bochornoso
que te recuerda el Portugal perdido!

## Justicias humanas

... que es error
dar á la afrenta castigo
y no al castigo perdón.
*(Calderón.)*

I

Del Mentidero de ilustres
en las concurridas gradas,
cierta tarde dos hidalgos
de este modo dialogaban:
—¿Es cierto el lance que cuentan?
—Ciertísimo por desgracia.
—¿Conque doña Inés?
—Ha muerto;
la justicia esta mañana
la encontró junto á su lecho
clavada al pecho una daga.
—¿Y es cierto que fué su esposo
quien la mató?
—Cosa es llana;

¿Cómo dudarlo, si él mismo
dicen que así lo declara?
—Extraño es por Dios el caso.
—Con verdad que es cosa extraña,
que era doña Inés espejo
de nobles y honestas damas.
—Pero si á honrado é hidalgo
ninguno á don Diego gana,
¿quién duda que fué justicia?—
Y á esto el coloquio llegaba
cuando terciando un anciano
exclamó con voz pausada:
—¡Justicia que vierte sangre
más que justicia es venganza!—

II

—¿Persistís, señor don Diego,
en la confesión prestada?
—Yo fuí quien la dí la muerte,
lo dije una vez y basta.
Y aunque de Inés el recuerdo
me hace pedazos el alma,
como cien veces naciera
otras tantas la matara.
—¿Sabéis que arriesgáis la vida?
—La tengo por una carga.

—Una confesión, don Diego,
tan sólo puede salvarla.
—Si por dar á mi honor vida
dí muerte á quien tanto amaba,
¿cómo por salvar la mía
he de dar muerte á mi fama?
—Ved que la ley os condena.
—Pues cumplidla y vaya en gracia,
que á mí con saber me sobra
que el que por crimen me achacan
fué, más que crimen, justicia.
—Vuestra opinión es errada.
¡Justicia que vierte sangre
más que justicia es venganza!—
Y cuando el juez aquel día
una sentencia firmaba,
con ojos llenos de espanto
y llenos también de lágrimas,
mesándose los cabellos
—¡Es cierto, es cierto—exclamaba.—
¡Justicia que vierte sangre
más que justicia es venganza!—

III

—Hoy su merced el verdugo
ha ganado su soldada.

—¿Hubo danzante en la cuerda?
—¿Hubo aprietos de garganta?
—Estése el cáñamo quedo,
que fué la persona hidalga,
y gracias á Dios tenemos
hasta en el morir pragmáticas:
para el villano la cuerda,
para los nobles el hacha.
—¿Quién ha sido el degollado?
—Don Diego Pérez de Vargas.
—¿Aquél que mató á su esposa?
—El mismo.
—Por Dios que es lástima.
—Para mi coleto tengo
que anduvo la ley errada,
que era su virtud tan grande
como su nobleza rancia.
—La justicia obró en justicia,
la ley es la ley y basta;
que bien es que á hierro muere
todo aquel que á hierro mata.—

Y mientras esto en un corro
del Mentidero pasaba,
un anciano repetía
escuchando aquella plática:
—¡Lástima me dan, por Cristo,
estas justicias humanas!
¿Qué remedia, qué corrige,

unir la falta á la falta?
La ley de todas las leyes
está muy alta, muy alta,
allí el perdón es castigo,
la sangre allí no la mancha:
¡Sólo donde Dios se sienta
no es la justicia venganza! —

# Salones

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO D. EUGENIO ESCALERA

(MONTECRISTO)

Boca de todas verdades
me llaman cuantos me ven.
todo lo que sé publico
y áun aquello que no sé.
(*Alonso de Malvenda*)

Para celebrar las bodas
del Aruñón y la Guanta,
en el palacio del sorbo
se vertió ayer media carda.
Con oficios de padrino
hizo Perico Bienayas,
en unión de la Coscoja,
los honores de la casa.
Esta, por ser la madrina,
sacó del fondo del arca
la saya de más remiendos
y el avantal de más manchas.
Detrás de ella va la novia,
medrosica y azorada,

no muy lavada de manos
y un poco tinta de cara.
Como sola gala ostenta
un collar de cuentas falsas,
que no por serlo lo estima
en menos la interesada;
Que para tenerle en mucho
el ser presente le basta
del Guro, de quien es viuda,
sin haber sido casada.
Por estas y otras razones
del mismo peso, en la caspa
no prendió la menor brizna
del árbol de las naranjas.
Pero áun así, á su velado
le consta de buena data,
que no vale en esto menos
que otras muchas desposadas.
A falta de padre y madre,
—que si aquí no la acompañan,
la justicia y Dios conocen
de tal ausencia las causas—
su sombra la da una tía,
que sino otras enseñanzas,
las labores de su sexo
la hizo aprender muy muchacha.
Como convidados vienen
la Moñuda y la Carrasca,
ambas, si no de duquesas,

de tomonas tituladas;
luciendo, en vez de contrayes,
sedas, tabies y rajas,
dos reposteros de andrajos
que hacen oficios de sayas.
Para alegrar el concurso,
de vihuelas preparadas
asoman ya la Chirinos,
la Monda y la Cariarta,
en lo de entonar chaconas
filomelas de la hampa,
por más que ya lo de Yepes
las voces las acatarra,
Para servirlas en todo
de lejos las acompañan
Juanijón, Pero de Ortuño
y el Gafo de Moratalla,
los cuales como discretos
se mantienen á distancia,
que áun amándolas no quieren
en sus medros estorbarlas.
Por dar más lustre al festejo
rebozado en una capa
que á saetias y á troneras
á más de un castillo gana,
entra Barbolla, atestado
de virtud y ciencia tantas,
que, escribano por las uñas,
médico por lo que mata,

albéitar por lo que yerra,
letrado por lo que engaña,
mercader por lo que hurta,
barbero por lo que sangra,
dedicado ahora á la alquimia,
si antes de tropiezo escapa,
salir espera á su muerte
en algún auto en estatua.
¿Y el novio? ¿Qué Gerineldos
mostrára mejor estampa
con su fieltro sin toquilla,
con su valoncica lacia,
muy sin peinar los bigotes,
muy sin estirar las calzas,
muy sin grasa las guedejas
y muy el jubón con grasa,
si no fuera porque el vino
le llevó á tales mudanzas,
que deja á los piés las eses
que al hablar se come ó masca?
Aun así y todo, no hay hembra
que con envidia ó con rabia
no mire en tales momentos
á la que Aruñón arranca
unos suspiros salidos
del fondo de las entrañas,
y que apestan por más señas
á mosto que se avinagra,
¿Qué es lo que pasó en la boda?

Lo que en tales casos pasa:
hubo quien dió muerte al hambre
lo menos por tres semanas.
No faltó quien, de bebido,
nunca diera con su casa,
como antes no le impidiera
lo de no tenerla hallarla.
Aunque leve, algún disgusto
se lamentó entre las damas;
pero por ser todas ellas
personas bien educadas,
todo quedó en unos moños
que rodaron por la estancia
y un poco de solfa escrita
más abajo de una espalda.
Con esto y conque las negras
tirando unas tarascadas
convidaran á una ronda
á tomar parte en la zambra,
salieron los que pudieron
en dulce amor y compaña,
corteses llevando al tálamo
al Aruñón y á la Guanta,
donde es bien que se les deje,
que el ángel del pudor manda,
correr en tales lugares
mejor que velo una manta.

***

Y ahora, si dicen voacedes
que no les importa nada
de tales fiestas el rumbo,
de tales bodas la gala,
reparen bien que á diario
en las gacetas se tragan
cultísimas relaciones,
bien escritas y muy largas,
de saraos en que á veces
hasta las nubes se ensalza
á gentes mejor vestidas,
pero no de mejor laya.

## Favores femeniles.

(SONETO.)

Es tan linda su boca que no pide.
*(Polo de Medina.)*

¿Dices qué tu desdén me da pavura?
Nunca he temido verte desdeñosa,
que acaba siempre en ser más dadivosa
la que empieza en el dar siendo más dura.

No es eso, mal que pese á tu hermosura,
lo que ha vuelto mi audacia temerosa;
sólo temo deberte alguna cosa
por nimia que parezca á mi ternura.

Y es que, aunque digas hoy que nada quieres
—que eso de sobra sé que has de decillo—
y que es sólo mi amor lo que prefieres,

harto sé, aunque me tengas por sencillo,
que favor que se debe á las mujeres
lo olvida el corazón, mas no el bolsillo.

## Tristes ausencias.

A lo menos que se puede
pasan aquí los pecados:
tierra barata de culpas,
mucho amor y pocos cuartos.
*(Quevedo.)*

No arrepentida de todos,
pero sí de una gran parte,
de los muchísimos yerros
de su vida perdurable.
Ceceosa por costumbre,
muy fingida de lunares
y desperfectos del tiempo
tapando con albayalde.
Por no andar muy bien de letras,
aunque en otras cosas sabe
lo que muchos bachilleres
ignoran al graduarse.
Tomando por secretaria
de sus no pocos afanes
á un Matusalén con tocas,
que hecha hueso, si no carne,

vive con algún provecho
y derrocha sus bondades,
de niñas que no la tienen
haciendo veces de madre.
De este modo la Villodres
dictando estaba una tarde
entre suspiro y suspiro
esta epístola á su jaque:

«Tus letras he recibido,
Lampuga, y el papel sabe
que al darme lectura de ellas
salí á lagrimón por frase.
Sólo cuentas desventuras,
tú que nunca me contaste
más que hazañas que dejaban
á las de Orlando en pañales.
Y no ves que en este mundo
es fuerza que se aquilaten
de la desdicha en la piedra
almas, cual la tuya, grandes.
Por lo demás no es tu suerte
tan ruin, puesto que ya sabes
que á quien persiguen justicias
bienaventuranzas caben.
El rey te aloja en su casa,
de ello no puedes quejarte,
que el rey honra á sus vasallos
trátelos como los trate.

Y como en su monarquía
ha de haber desigualdades,
á unos tocan encomiendas,
á otros remar en sus naves.
¿Que te azotaron la espalda?
Por ello no has de afrentarte:
golpe á traición recibido
nunca ha deshonrado á nadie.
Y á los que andando en tu oficio
tengan la suya impecable
diles que entrándose á monjas
aprenden á entonar laudes.
A un soplo lo achacas todo;
no pienses tú que me extrañe
que el rufián, como el que suda,
debe esconderse del aire.
Mas como á lo que barrunto
no han conseguido probarte
aquel antuvión de daga
que se llevó á Mascaraque,
en diez años mal contados
podrás el sitio dejarle,
si no á quien más lo merezca
á quien procure imitarte.
Pides que te contribuya
con algo. Mucho y muy grande
es el deseo que tengo
de que estrecheces no pases;
mas ¡ay! aunque te parezca

que no es en mí razonable
padecerlas, las padezco
también yo, tantas y tales,
que de no ser por la honra
estaba por envidiarte,
que al fin te vistes con poco
y el pan te le dan de balde.
Aquí anda todo tan malo,
que hay algunas de mi clase,
que por lo poco que pecan
esperan que han de salvarse.
Y por más que todavía
no pueda en todo quejarme
pasan semanas enteras
sin que á tu cariño falte.
Noticias también me pides,
esto ya es cosa más fácil,
aunque las nuevas que corren
son pocas y no agradables.
A Chirinos le sacaron
muy galán por esas calles
con no sé qué letanías
de hechicero y judaizante.
Mas como sabes que es hombre
acostumbrado á esos trances
hay quien en juego de cañas
no muestra tan buen talante.
A la Pingarrona dicen
sacan á tomar el aire.

porque en un bolsillo ajeno
se encontró unos cuantos reales.
En cambio hay aquí arbitristas
de que mil encomios hacen
sólo porque al rey proponen
lo mismo, aunque más en grande.
El Tomón se ha arrepentido,
pero por no entrarse á fraile
noviciado de canuto
hace para alguacilarse.
A la Coscoja azotaron
hace ocho días cabales
y aunque á tragos mata penas,
la pobre está inconsolable,
que por el Guro ha sabido
que ha fallecido su padre
de un estrujón de garganta
que es la enfermedad reinante.
Añasco, Garabatea,
Perotudo y la Pelambres
en peligro están de muerte,
Dios con su poder les saque.
Todo porque sin ser deudos
de no sé qué traficante
á bien morir le ayudaron
no más que por heredarle.
Ya ves que aunque con desdicha
todos los que aquí trataste
no han amenguado su honra

ni por nada ni por nadie.
Y adiós que el papel se acaba.
Bien sé que no has de olvidarme,
que donde no hay otras hembras
no es tu costumbre ser frágil.
De mí puedo responderte
que aunque cientos de años pase,
te guardaré el alma entera
y del cuerpo mucha parte.»

Puso una cruz la Villodres,
la vieja con dedos ágiles,
plegó el papel y al ponerle
al sobre la postrer frase,
murmuró: «¡Por Cristo vivo
que no cambian las edades.
¡La perdición de las hembras
siempre ha sido ser constantes!

## Las vacaciones.

Universidad famosa,
pasmo de propios y extraños,
dulce nido de gorrones,
ilustre plantel de sabios.
*(Quiñones de Benavente.)*

I

Cuando del sol los rayos
el campo abrasan
vuelven los estudiantes
de Salamanca;
que en vacaciones
pueden cambiar los libros
por los amores.

Ocho meses del año
tras de su reja
los esperó llorosa
más de una bella.
Mas ya pasaron

las horas que la ausencia
bañaba en llanto.

Ya vuelven á la corte
los estudiantes,
de risueñas canciones
poblando el aire,
que en su alegría,
dejan hoy los manteos
por la ropilla.

Por eso, cuando tornan,
de amor henchidos,
murmurando entre dientes:
«¡Malditos libros!»
alegres cantan:
¡Bien dicen que en la tierra
no hay penas largas!»

II

Entre juego, pendencias
y amantes lances,
huyen las vacaciones,
asaz fugaces.

Y es que, en la corte,
como instantes las horas
veloces corren.

Que nunca en su recinto
se echó de menos
ni rufianes, ni dados,
ni vino añejo.
Y más agradan,
que Bártulos y Valdos,
dados y espadas.

Mas ya el viento de otoño
las hojas secas
en sus alas movibles
fugaz se lleva.
Llegó el momento
de dejar la ropilla
por el manteo.

Ya á Salamanca tornan
los estudiantes,
de suspiros y quejas
poblando el aire;
que es su destino
cambiar dichas por penas
y amor por libros.

Por eso al separarse
de sus amores,

más de una altiva dama
de altivo porte,
llorando exclama:
«¡Bien dicen qne en el mundo
no hay dichas largas!»

## Dechado de damas

Por más que á Pedro de Ablanque
tengan barajado el seso
los favores de la Halduda
y los tragos de lo añejo,
los fueros de la hidalguía
tienen en él tal imperio
y siempre miró á las hembras
con tan galantes respetos,
que al oir que Antón el Braco,
antes del azumbre y medio,
contra la dama á quien sirve
se desabrocha en denuestos,
dando más peso á la frase
con tres tragos y dos ternos,
así le dice á su amigo,
mejor que airado, severo:

—¡Basta ya! Que al ser quien eres
debes el que te esté oyendo
sin atajar tus razones

con media cuarta de hierro.
De Inés la mal degollada
hablar así, ¡vive el cielo!
que es, más que desconocerla,
dar en error manifiesto.
¿A qué Lucrecia romana
elevaste el pensamiento
de virtud de más quilates,
de castidad de más precio?
¿Qué tacha puedes ponerla?
¿En qué estriban los defectos
de mujer que para santa
apenas le falta un pelo?
Yo la hallé casi doncella,
Dios me perdone si yerro,
que aunque hace ya muchos días,
mejor que ella lo recuerdo.
De un mayorazgo, un corchete
y un mercader los obsequios
por entonces admitía
sin ser esquiva con ellos.
Mas tanto su inexperiencia
movió á compasión mi pecho,
que la ofrecí como ayuda
mi espada y mi amor á un tiempo.
Si ella aceptó, tú lo sabes,
los otros no lo supieron,
que en despedirlos lograra
sólo labrar sus tormentos,

y amén de que ella piadosa
nunca buscó el mal ajeno,
jamás pesaron ayudas
á quien de bolsa anda escueto.
Un año yací con ella;
con el yacer decir quiero
que para las otras *hizas*
pasé en tal plazo por muerto.
En él cinco ó seis deslices
de no mucho fundamento
fueron las únicas nubes
con que Inés nubló mi cielo.
Después yo no sé qué historia
de un bolsón, de un perulero
y un toquecillo de daga
que cortó á un hombre el resuello,
de mi lado la apartaron,
llevándola no mal trecho
á aquella casa en que tiene
toda molestia su asiento.
Y gracias que un escribano
la sacó de aquel aprieto,
cobrándose en ella costas,
y no por cierto en dinero.
Mas ¡ay! volver á mis brazos
quiso después de algún tiempo
que en hacer bien á los hombres
consumió, según sospecho,
y como ya de la Halduda

me hallara en las redes preso,
yo, por honrarla y honrarte,
te traspasé mis derechos.
Desde entonces, ¿qué te quejas?
¿Te faltó nunca sustento,
ni te hallaste en un apuro
sin un ducado á lo menos?
¿Que bebe? ¿Beber es malo?
Citar tal cosa por yerro
es por hidrópica darla
actuando tú de Galeno.
¿Que juega? Como perdiera
fuera falta; mas teniendo
artificios más que humanos
en lo de hechizar encuentros,
mejor que á tacha, por gloria
de Dios debieras tenerlo;
que unas manos así valen
más que alcabalas y censos.
¿Que la picaron las bubas?
¿No sabes que en todo huerto,
fruto que pájaros pican
es el sazonado y bueno?
En cambio, cuando se lava,
que no siempre suele hacerlo,
con ser tan blanca la nieve,
ve sus blancuras con celos.
Y á no ser porque la caspa
fulgores roba al cabello,

dijérase que en su moño
dejó el sol sus rayos preso.
Si en quien tales partes junta
aún quieres buscar defectos,
haz la cruz á muchas damas
muy preciadas de abolengo.—

Calló Antón; á replicarle
iba el Braco, cuando en esto
vieron entrar á la Halduda
é Inés, hechas dos pellejos.
Y como, amén de que el vino
es en ellas pendenciero,
notaran que iban dos jaques
sus hermosuras sirviendo,
uno y otro, dando prueba
de su cordura y su seso,
para evitar desazones,
de la bayuca salieron.

## Mi río.

Llorando está Manzanares
en el punto que lo digo,
por los ojos de su puente
pocas hebras, hilo á hilo.
*(Quevedo.)*

Aunque el flaco Manzanares
apenas en su corriente
lleve el agua necesaria
para apagar cuatro «sedes»,
dicen que tuvo en sus días
más caudal que arenas tiene,
y que si hoy, mísero y pobre,
hunde en el polvo su frente,
fué porque los taberneros
le han ido dejando «asperges»
á puro adobar cuartillos
del tintó de Arganda y Yepes.
Mas para probar que en todo
mintió la poesía siempre,
no hay más que ver, asomado
á la Segoviana Puente,
que de sed mueren los olmos
que sus orillas guarnecen,
y que él mismo, al agua extraño

pide paraguas si llueve.
  Y sin embargo, las damas
de lechuguilla y copete
aseguran muy formales
que, del estío en los meses,
  á lo que bajan al soto
es lisa y honestamente
á templar en sus cristales
de sus encantos las nieves.
  Siendo lo extraño que ingenios
á que délficos laureles
justamente coronaron
no una vez, sino cien veces,
  aduladores del río,
en sus comedias nos cuenten
que Garcías y don Juanes,
Laras, Téllez y Meneses,
  entre sus «límpidas ondas»
suelen pescar, si no peces,
manos del más puro nácar
y pies cuanto blancos breves.
  Pero yo, que en el secreto
estoy, juro á vuesarcedes
que sólo desde su margen
(no me atrevo á decir verde)
  con lo que los ojos topan
son con unos tenderetes
de esteras, no colocados
para ocultar desnudeces,

sino porque no evaporen
del sol los rayos candentes
el azumbre y medio de agua
que allí por la noche vierten.
Digan mejor las tusonas,
si con la verdad se avienen,
que á lo que bajan al río
(pase el nombre si le ofende)
es á tender en la arena
de su hermosura unas redes
donde, á falta de otros barbos
no hay bolsa que no se pesque.
Sin embargo, el que no adule
al pobre arroyuelo imberbe
que de calzas y camisas
es lavandera perenne,
no dice que por humilde
la vanidad le desprecie
del que nacer á su orilla
tuvo por no poca suerte;
que afecto tan bien probado
profeso y profesé siempre
á la villa que por corte
el rey don Felipe tiene,
que del flaco Manzanares
no trocara la corriente
por la del hundoso Tajo
ni la del florido Betis.

## Mucho por nada.

Quien presto se determina,
también se arrepiente presto,
*(Lope de Vega.)*

I

En una obscura calleja,
y recatando el semblante
con su embozo hasta la ceja,
se ve un rondador amante
al pie de cerrada reja.
Que su impaciencia es sobrada
fácilmente se adivina
al ver cómo, acompasada,
hiere la rondada esquina
la contera de su espada.
¿Qué motiva su ansiedad?
Difícil es, en verdad,
decirlo. ¿Será el temor
de que, esquiva, la beldad,
no dé oídos á su amor?
No á fe. Las cuitas añejas
de su pecho enamorado,

no han sido perdidas quejas,
que hace tiempo han ablandado
los hierros de aquellas rejas.
Lo que motiva el afán
de aquella impaciencia insana
es ver que de otro galán
fijos los ojos están
en la cerrada ventana.
Y como dijo un doctor
—que por tal tengo, en efecto,
de tal frase al inventor—
*que no hay celos sin amor,*
*ni amor sin celos perfecto,*
No debe extrañarnos nada,
pues que ya á dudar se inclina,
que con ira mal templada
diera tormento á la esquina
el rondador con su espada.

II

Pronto á su ansiedad cruel
puso término girando
la reja sobre el dintel,
y vió, de gozo temblando,
á sus plantas un papel.
Al verlo, con ciego afán
sobre él veloz se lanzó;

mas, en resuelto ademán,
el pie del otro galán
sobre el papel encontró.
—Es diligencia perdida—
dijo;—solo he de leerle.
—Hidalgo, cosa es sabida
que, si habéis de poseerle,
ha de costarme la vida.—

III

Tras tan corto razonar,
dejaron los caballeros
á un lado inútil hablar,
y el choque de los aceros
vino el silencio á turbar.
Un ¡ay! luego se escuchó
y un golpe... Después ya nada,
uno de los dos cayó,
el otro limpió su espada
y un papel del suelo alzó.
Vió un retablo; sobre él
brillaba un farol; turbado
desdobló el pliego el doncel,
y dió un ¡ay! desesperado...
¡Estaba en blanco el papel!

# La velada de San Juan

(AVISOS DE LA CORTE.)

Tan sólo Madrid es corte.
*(Antonio de Mendoza.)*

I

En fiestas arde el Retiro
la víspera de San Juan,
que no hay como el Conde-Duque
para dar al rey solaz.
De candelillas y cera
se admira tal cantidad,
que parece que la noche
quiere al sol su luz hurtar.
Como flores y perfumes
Aranjuez téngase allá,
que es un Abril cada olmeda
y un Mayo cada encinar.
Tapices y reposteros
hay con tal prolijidad,

que con ellos sobraría
todo el jardín á alfombrar.
Y amén de que el *Campo-Grande*
parece poco capaz
á contener la vianda
que ha de servirse al cenar,
Sólo para garapiñas
hay tanto vidrio y cristal,
que de aparadores lleno
todo el *Ochavado* está.
Del *Estanque* nadie encuentra
la dilatada humedad,
que donde antes sólo pudo
el blanco cisne bogar,
Hoy, merced de las tramoyas
á la rara habilidad
un tercio de artillería
allí pudiera operar.
De la comedia que dicen
que allí representarán,
son tales las apariencias
que nadie vió cosa igual.
Buenos ducados nos cuesta,
si hemos de decir verdad;
mas, como es un italiano
quien se los ha de llevar,
Nadie protesta, que al cabo
dirá en su país natal
que si nos faltan dineros

nos sobra rumbosidad.
Del *Cazadero de liebres*
se ha hecho vergel natural
sembrado de cenadores
de mirtos y de arrayán.
Delante del *Cebadero*
cierto francés quemará
unos fuegos de artificio
que cuestan un dineral.
Y desde el mismo Palacio
á la ermita de San Blas,
imitando fortalezas,
por cierto no nuestras ya,
Se han levantado tablados
desde donde lanzarán
sus acordes á los vientos
cien músicas, si no más.

II

Que la fiesta aquella noche
excedió en suntuosidad
á cuanto, áun en sueños no puede
mente alguna imaginar,
Lo dice el que hasta los viejos
de más avanzada edad
confesaron que en su vida
presenciaron nada igual.

Al fin, aunque un poco tarde,
se mostró Su Majestad
con Liche y con Olivares,
y tan bizarro y galán,
Que hasta dudo que pudiera
más gentileza mostrar
en los ya lejanos días
de su verde mocedad.
De la reina, padecimos
eclipse casi total,
que, por miedo á que el relente
agrave su enfermedad,
Desde un balcón de su cámara
asomada al alfeizar,
vió envuelta en un serenero
la mascarada no más.
En abanillos y guantes,
aguas de clavo y azahar,
bolsillos de ámbar y joyas
debió invertirse un caudal.
Pues quiso el rèy á las damas
de tal modo agasajar
que ha llegado hasta el derroche
su real generosidad.

III

La plebe, ya que no holguras,
tuvo también su solaz,

que aunque las guardas á palos,
dados sin gran suavidad,
Evitaron que á mil pasos
nadie se osara acercar
al sagrado en que los reyes
festejaban á San Juan,
A costa de sus costillas
nadie les pudo quitar
que llegara á sus oídos
de la música el compás.
Y oliendo de las viandas
la prolija variedad
debió de olvidar alguno
que anda escaso y caro el pan.

IV

Más nuevas por hoy no tengo
de aquí que comunicar,
que en las cosas de la guerra
con tiempo se pensará.
Hay quien dice que Braganza
se alza con el Portugal,
y que el francés se nos mete
en el Principado ya.
Bien puede ser que esto sea
no más que gana de hablar,

que cuando el rey se divierte
mal las cosas no andarán.
Dios, á tan grande monarca
dilate por luenga edad
y no le falten ministros
como don Gaspar Guzmán.

## Cosas del mundo,

(SONETO.)

Pidiéndole está dineros
doña Berenguela á Antón
y él entre sí está pensando
de dárselos entre no.
*(Quevedo.)*

Tengo puestos, Inés, en ti los ojos,
y tú los tienes puestos noche y día
en cierto aparador que en Platería
coloca un mercader excita antojos.

Mas no por ello, Inés, sientas sonrojos,
que es menor tu codicia que la mía,
pues si tú anhelas vana pedrería,
busco en tu labio yo corales rojos.

Sólo hacerte notar, Inés, espero,
que en tal suerte solemos los mortales
por lo falso trocar lo verdadero;

Que siendo más valioso lo que quiero,
tú puedes dar de balde tus corales
y las joyas me cuestan mi dinero.

## Comedia en el Buen Retiro.

Á MI QUERIDO AMIGO EL JOVEN ESCRITOR DON JOSÉ SABÁN.

De muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras de la farándula.
*(Cervantes.)*

I

Del palacio del Retiro
en el regio coliseo
la reina doña Mariana
de tomar acaba asiento.
Su Majestad don Felipe,
por cansado ó indispuesto,
no pudiendo acompañarla,
se retiró á su aposento,
y aunque ya muy decaída
anda la afición del pueblo
hacia el arte que ilustraron
Lope, Alarcón y Moreto,
como en la corte se sabe

que la reina más apego
que á literarios primores,
que aprecia mal su talento,
tiene á las ruidosas zambras
con que á silvos y denuestos
suele la mosquetería
trocar el patio en infierno,
ya que á Madrid no llegara
esa tropa de extranjeros,
la sola que con sus trinos
da á su majestad contento,
se ha procurado ante todo,
apelando á cualquier medio,
que llena está la *cazuela*
y lleno el *degolladero*.

II

¡Buena tarde, por mi vida,
es la que depara el cielo
al que, tras de mil afanes,
muestras va á dar de su ingenio!
Trabajo al novel poeta
costó hacer oir sus versos
á un autor de compañía
arisco, infatuado y necio.
Pero á cobrar resignado

algunos ducados menos,
al fin para su comedia
tuvo un rincón el proscenio.
Y no está mal, á fe mía,
que, sin ser ningún portento,
gallardo en las relaciones,
delicado en el gracejo,
á muchos codos su obra
está de más de un engendro
de esos que son á diario
de vítores mil objeto.
Mas ¡ay! ya para primores
no van estando los tiempos,
y la primera jornada
se oyó con tanto silencio
que los buenos cortesanos,
que siempre galantes fueron,
al ver en su soberana
mal disimulado el tedio,
torturando sus magines,
su ingenio en prensa poniendo,
buscaron medio de darla
más gratos esparcimientos.

III

Y no fué tiempo perdido,
ni, á juzgar por los efectos,

debió de dejar la plebe
de secundar sus deseos,
puesto que, desde el instante
en que para dar comienzo
á la segunda jornada
la dama empezó un soneto,
tamaños silvos y voces
el espacio ensordecieron,
tan espantables rugidos
dejó escapar todo pecho,
que ya reventar de risa
hiciera al más grave y serio
ver de pepinos y coles
casi el tablado cubierto,
si la atención no llamaran
las señas de espanto y miedo
causadas en las mujeres,
por el peregrino invento
de un chusco que en la cazuela
soltó ¡Dios le dé su premio!
dos lagartos y una rata
tamaña como un conejo.

IV

Verdad es que la comedia
no pudo acabar con esto,

y que el poeta incipiente
sufrió un sofocón soberbio;
mas como la reina estuvo
una semana riendo
y complacido y alegre
quedó del jolgorio el pueblo,
no faltó quien, recordando
triunfos que allí consiguieron
Lope, Calderón y Rojas,
Tirso, Alarcón y Moreto,
murmurara: «Tras de todo,
mal estas cosas no encuentro,
que al fin y al cabo, el teatro
¿qué es más que un divertimiento?»

## Servir al Rey.

(SONETO)

Á D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN, MAESTRO EN ESCRIBIR COMEDIAS

Partíme á Italia ambicioso
de las cosas de la guerra.
(*Alarcón.*)

En Trípoli, en Ostende y en Bujía,
al hugonete, al turco, al luterano
combatió con esfuerzo sobrehumano
y venció con denuedo y bizarría.

Quince años luchó día por día
de igual suerte en invierno que en verano;
en Maestrick perdió un ojo y una mano
y una pierna dejó en Fuenterrabía.

Por todo lucro obtuvo una ventaja
que cobró tarde y mal, y hoy de lisiado,
pide limosna porque no trabaja.

¡Gran premio da la patria al buen soldado!
¿La patria?... Quien dijese tal la ultraja.
El sólo sirvió al rey... y así ha medrado.

## La calle de la Montera.

Que mil pecados conozco
más graves el mío algunos
y más sin castigo todos.
(*Góngora.*)

I

Hay á las Gradas frontera
cierta calle baladí,
triste y poco pasajera
que *calle de la Montera*
la llaman todos aquí.

¿Qué pasa en esa calleja,
pregunta toda la villa,
que apenas el sol la deja
es una continua queja
y es una eterna rencilla?

En calle tan excusada,
¿qué es lo que ha de acontecer,
si hay sólo una casa aislada,

y esa casa está habitada
no más por una mujer?

Según dice el *Mentidero*
vive allí como en clausura
cierta viuda de un montero
que es la mayor hermosura
que encierra Madrid entero.

Y en pendencias y en cantares
en tan desiertos lugares
la noche entera se pasa,
siendo ocasión de pesares
la dueña de aquella casa.

Que nunca el sol ha salido
desde que vive en Madrí,
sin que muerto ó mal herido
las rondas hayan cogido
algún rondador allí.

Por eso, á la par que crece
de aquella calle la fama
se anubla y se desvanece
cual nube que el viento mece
el limpio honor de la dama.

Y en tanto la villa entera
que grita y se desespera

de aquella dama ante el talle
va diciendo por doquiera:
—¡Mal haya amén esa calle,
y mal haya *la Montera!*

II

¡Pobre dama sin ventura!
Por Dios que causa dolor
escuchar cómo murmura:
«¿Por qué ha de estar mi hermosura
siempre en guerra con mi honor?

¿Qué culpa tengo á fe mía,
de que un día y otro día
me ronden en son de queja,
si en su amorosa porfía
todos hallan de mi reja
cerrada la celosía?

¿No vale más castigar
á los que dando en rondar
para mi eterno desdoro
vienen tal vez á robar
la joya de mi decoro?

Mas ¡ay! siempre la opinión
castiga tan torpemente,

que sin buscar la razón
da castigo al inocente
y al que delinque perdón!»—

III

Y en tanto que así se queja
sin que nada al vulgo acalle,
la blanca luna refleja
serenatas en su calle
y duelos junto á su reja.

Y del sol los resplandores
ven, al nacer la mañana,
que nocturnos rondadores
dejan cubiertos de flores
los hierros de su ventana.

Por eso alza su rumor
hasta el rey la villa entera
gritando:—¡Señor, señor,
mirad que ya es un horror
la *calle de la Montera!*—

IV

De esta manera en la villa
la dama del lindo talle,

porque entre las bellas brilla
como una eterna mancilla
dejó su nombre á una calle.

Que aún hoy, una sombra oscura
parece que reverbera
sobre una fama tan pura
siempre que el vulgo murmura:
*¡La calle de la Montera!*

Y es que tal vez la opinión
castiga tan torpemente
que, sin buscar la razón,
da castigo al inocente
y al que delinque perdón.

# El alférez Campuzano

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera yo allá.
*(Cervantes.)*

## I

En el puño de la espada
puesta la siniestra mano
y haciendo con la derecha
punta al bigote de ganchos;
Derribado hasta las cejas
un fieltro muy emplumado
y del jubón las lacerias
entre la capa ocultando,
Los rayos del sol naciente
tomaba, por tomar algo,
cierta mañana en las Gradas
el alférez Campuzano.
Y como es cosa sabida
que á falta de otro letuario

es el pensar desayuno
ya que no bueno barato,
Con cierta amarga sonrisa
aunque sin mover los labios,
en estas sentidas quejas
le daba al pecho descanso.

—

«Soberbia encuentro la corte
del rey don Felipe el cuarto,
á quien dé Dios larga vida
para bien de sus vasallos.
En cada calle un convento,
en cada plaza un palacio,
en cada puerta un mendigo
y en cada esquina un retablo.
Arde el Retiro en tramoyas,
en cacerías el Pardo,
cada tres días hay toros
y cada semana un auto.
Anda el oro por las nubes,
el pan se da caro y malo
y á falta de otra moneda
se resellan los ochavos.
En cambio tal es el lujo
de Olivares, Liche y Haro,
que dicen que hasta la reina
envidia siente al mirarlos.
Al rey le faltan dineros
para pagar sus criados,

y, por carecer de velas,
tiene que apurar los cabós.
Mas tiene hacienda de sobra
para mantener bastardos
que le nacen por docenas,
igual que si fueran gatos.
Por adulación, los nobles
han dado ya en imitarlo,
y hay quien reconoce hijos
sin haber jamás pecado.
A pregón como lo aloja
salen los más altos cargos,
y hay quien garnachas y mitras
vende baratas y á plazos.
Ya no hay hacienda segura,
ni bolsillo bien guardado,
ni virtud que no se quiebre,
ni honor que no ande en pedazos.
Rufianes y capeadores,
jaques, hampones y bravos
de tal manera en la villa
cobran su almorifargo.
Que cruzar aquí una calle
cuando el sol toca á su ocaso
requiere más bizarrías
que entrarse por Roma á saco,
Verdad es que si la corte.
es de ladrones sagrado,
las justicias no por eso

se dan vagar ni descanso,
  Que apenas se pasa un día
sin portugués azotado
por el nefando delito
de hacerle al tocino ascos.
  ¡Lástima, por vida mía,
que mientras aquí gozamos
las dichas que nos deparan
el monarca y sus privados,
  Sin guarnición las fronteras,
á punto estén de dar paso
al francés por Cataluña,
por Zamora al lusitano!
  ¡Lástima que aquellos tercios
que fueron del mundo espanto,
si no domados sus bríos,
hasta de sustento faltos,
  Por no tener ya quien sepa
á la victoria guiarlos,
ya que á enlodarlos no lleguen,
dejen marchitar sus lauros!
  Por suerte, como aquí pasan
por triunfos los descalabros
y se tienen por sucesos
los que sólo son fracasos,
  Nunca faltará quien diga
algunos siglos pasados:
¡Qué grandes eran los tiempos
del rey don Felipe cuarto!»

Dijo Campuzano, rumbo
hacia el alcázar tomando,
con un bostezo en la boca
y un memorial en la mano.
Y cuentan que si al monarca
no llegó el viejo soldado,
que más de una vez su sangre
vertió de Ostende en los campos,
Fué porque con su carroza
le puso negro de fango
cierto apuesto barbilindo,
muy galán y muy bizarro,
Que antes de los veinte abriles
llegó á maestre de campo
sin desenvainar la espada
ni oir un arcabuzazo.

## Don Agustín de Moreto

(SONETO.)

—

Porque os ciega el presumir
que podéis tener razón.
*(Moreto,)*

De tal modo tu nombre sin mancilla
quiso empañar la envidia venenosa
que hiciste, dijo la calumnia odiosa,
de ajenas obras brava pacotilla.

Por suerte, no dió fruto tal semilla,
y áun por turbar tu fama portentosa
te achacaron la muerte que alevosa
se infirió á Baltasar de Medinilla.

¿Callaste? Bien hiciste, solamente
por respuesta dejando á los menguados
versos que vivirán eternamente.

Tu virtud y tu honor, ¿qué más probados
que haciéndote enterrar humildemente
en la fosa común de los ahorcados?

## Fiesta de toros.

Á MI HIJO LUIS

El corazón le pasa con la punta,
con tan felice suerte
que ni un bramido le costó la muerte,
*(Rojas).*

I

Oprimiendo los ijares
de un peceño trastrabado
que nieva de blanca espuma
la tierra que va pisando;
Con ropilla recamada
de randas y pasamanos
de los que brillantes chispas
arrancan del sol los rayos;
Con valona á lo flamenco,
capotillo á lo italiano,
y castor á la francesa
con plumas de verde y blanco;
Seguido de treinta pajes
á la gineta montados
muy puestos á la morisca
de tabíes y damascos;

Tras de cumplir con el rito
de hacer público agasajo
al balcón á que los reyes
hace un momento llegaron;
Refrenando el noble bruto
y á las damas saludando,
por lo apuesto Gerineldos,
Gaiferos por lo bizarro;
En cierta tarde de toros
la plaza de arriba abajo
cruza del de Fernandina
el apuesto mayorazgo.
Suspenso el concurso entero
quedóse un punto al mirarlo,
que tales prestigios tienen
siempre juventud y rango.
Y en un sonoroso «vítor»
rompieron á saludarlo
la plebe por lo valiente,
las damas por lo gallardo.
Después, la trompetería
chillona el aire rasgando,
nuncio del primer empeño
puso un sello á todo labio.

II

Nunca del claro Jarama
desfloró el salobre pasto

animal de más empuje
ni bruto mejor formado.
Fina y breve la pezuña,
sedoso el pelo castaño,
alta la cerviz enhiesta
y el jarrete duro y ancho,
De tal modo en son de reto
queda en el coso emplazado
que inspira al verle pavura,
y pone el mirarlo espanto.
Para cumplir el empeño
del ancho circo en un flanco
están en primera línea
Trejo, Cantillana y Gallo.
Y aunque es de todos sabido
que son diestros consumados
en quebrar una lancilla
y en gobernar un caballo,
Impaciente ya la plebe
se dispone á denostarlos,
que inquietos los tres se miran
y ninguno avanza un paso.
Confuso clamor de pronto
se escucha de todos lados,
que al fin el de Fernandina
mozo, y como mozo osado,
Del otro extremo del coso
parte veloz como un rayo,
con una mano en la brida

y un arpón en la otra mano.
Al verle el toro en la arena
escarba como asombrado
de que tamaña osadía
se adune á tan pocos años.
Y sin dar tiempo al mancebo
á que el terreno cortando
pueda evitar el empuje
de aquel vendaval astado,
Con el peceño arremete,
álzase el bruto de manos
y en el borrén delantero
el cuerpo el mozo inclinando,
No se supo qué fué antes,
si hacerse el astil pedazos
ó rendir la vida el toro
de rabia y dolor bramando.
Empeño inútil sería
pedir á la pluma trazos
para pintar del concurso
el frenético entusiasmo.
Baste sólo con que diga
que á los mismos soberanos
se les vió batir las palmas
tal arresto celebrando.

## III

En apartado retrete
de su vetusto palacio
el Duque de Fernandina
está triste y solitario.
Lágrimas vierten sus ojos,
sollozos hay en sus labios,
y en sus manos se ve un pliego
que besa y estruja á ratos.
¡Llorar en momentos tales!
¿Estás loco, buen anciano,
cuando en este mismo día
te estrechó el rey en sus brazos?
¿Llorar cuando regias joyas
premian de tu mayorazgo
la temeraria osadía
y el arrojo más que humano?...
Llora, buen viejo, bien haces;
llora, padre infortunado,
y bien hiciéramos todos
parte en tu dolor tomando.
El segundo de sus hijos,
oscuro y rudo soldado,
encontró gloriosa muerte
de Salsas en el asalto.
Y mientras el rey, que sabe

de sus armas el fracaso,
premia con regia largueza
los arrestos temerarios,
De mozos cuya osadía
sólo se ve en el boato
de una corrida de toros
muerte á un cornúpeto dando.
Los que en honor de la patria
vierten su sangre en los campos,
logran por premio el olvido,
por galardón el sarcasmo.

## Celos no hacen discretos.

Necios jueces son los celos.
(*Gabriel Téllez.*)

I

—Por Dios que te he de curar
de tu celosa manía!
—Perdóname, Beatriz mía,
no lo puedo remediar.

Hay tanto amor en mi pecho
y tanto, mi bien, te adoro,
que aunque tu virtud no ignoro
aun de mi sombra sospecho.

—Es por demás enojosa,
César, tu pasión extraña:
¿cómo pensar que te engaña
tu Beatriz, tu tierna esposa?

—Digo que tienes razón.
—Siempre así dicen tus labios

y vuelven á hacerme agravios
dudando de mi opinión.

—¡Por Dios, que cesó el dudar!
—¡La Virgen así lo quiera!
—Hoy, Beatriz, por vez primera
á solas te he de dejar.

—Así verás que te pruebo,
gozando de mi albedrío,
que sé, cuánto por ser mío,
á tu amor y á tu honor debo.

—Dichoso me siento ya.
—Yo gozo al verte dichoso.
Adiós, marido celoso!
—Adiós... (¿Si me engañará?)

II

—No te quieras disculpar,
Beatriz, basta; pese á mí,
que tú estabas sola aquí
y te he estado oyendo hablar.

Un hombre, por Belcebú
se oculta allí, estoy bien cierto;

ya puedes darle por muerto;
él primero... después tú.

—César, me causas horror;
mi culpa tal vez abultas.
—¿Cómo?... Si en tu estancia ocultas
al vil ladrón de mi honor.

—Paso!—¡No, no puede ser!
—¿Qué dices?—No pasarás!
—Beatriz, Beatriz, eso más?
¿Aún le quieres defender?

—Antes de pasar traspasa
con esa daga mi seno.
—Paso, Beatriz, te lo ordeno!
—(Oh! se salvó!) ¡Pasa! ¡Pasa!—

III

Y el dintel al traspasar
de aquella puerta entreabierta,
Beatriz, serena, aunque incierta,
gritó:—¡Ya puedes pasar!

Y aunque al buscar del desliz
pruebas, no dejó el marido
ni el rincón más escondido
de la estancia de Beatriz,

Hay que decir en su honor
que César no halló siquiera,
ni la señal más ligera
de aquel adúltero amor.

Y es que por cumplir su estrella
sólo escapó á su mirada
la ventana mal cerrada
y un cordón de seda en ella.

Por eso, con ironía,
gritó Beatriz sin recelos:
—¿Ves qué necios son los celos?
César, ¿dudas todavía?

—¿Cómo puedo sospechar,
ángel calumniado y puro?
Ahora sí que te lo juro,
desde hoy no vuelvo á dudar.—

IV

Y cuando á solas la dama
quitaba con faz aceda

el traidor cordón de seda,
de que colgaba su fama,
Murmuraba en tono breve,
con acento repulsivo:
—Quien sospecha sin motivo
nunca duda cuando debe.—
Y desde entonces sangrienta
siempre que á su esposo ve,
dice:—¡Qué necia es la fe
que de dudas se alimenta!—

## Enseñanza provechosa

(SONETO.)

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico terno,
y no le quieren soltar
aquellos mismos dos dedos.
(*Quevedo.*)

¿Coche pides, Beatriz, para el Trapillo?
¿Te acuerdas que es San Marcos? ¡Qué memoria!
Ya sabes que servirte fué mi gloria
y que siempre hice tuyo mi bolsillo.
Pero ¿por qué, Beatriz, no he de decillo?
Nunca estudié para arcaduz de noria,
y por un coche en torno á la Vietoria
hay hoy quien da más vueltas que argadillo.
Sin embargo, no pienses que es el miedo
quien me impide, Beatriz idolatrada,
hacer por ti lo que quizá no puedo.
Es que al mirar mi bolsa amenazada
mi amigo don Francisco de Quevedo
me está enseñando *el dar en no dar nada.*

## Postrimerías de una dueña

Y muerta pide, y enterrada engaña.
(*Quevedo.*)

Desde el fondo de una cama
y de entre unos huesos momias,
que, en cárcel de pergamino,
viven como en casa propia;
en son de quién se confiesa
y antiguas culpas pregona,
abanico de un colmillo,
una voz cascada y bronca
de este modo á un franciscano
le cuenta añejas historias:

«Nací, sábenlo mis culpas,
allá en edad tan remota,
que de mi fe de bautismo
no hay nadie que haga memoria.

Pasé mis años primeros
vendiendo de mi persona
con vocaciones de dueña,
aunque con gustos de moza.
Mi amor á la tercería
fué en mí pasión tan notoria,
que áun antes de serlo ajena
fuí tercera de mí propia.
Lechucita de bolsillos
y gerifalte de bolsas,
lancé á volar mi hermosura
de la corte por las bóvedas.
Mas ¡ay! todo se consume,
el tiempo sopla carcoma,
y mis envidiadas gracias
me hicieron gracia á mí sola.
Con el rostro todo arrugas
y el talle todo corcovas,
la que de sus obras vive
¿qué hará sino ajenas obras?
Dime á zurcir voluntades,
de gustos fuí intercesora,
que fué mi intención honrada
lo diga quien me conozca.
En los años que he vivido
sólo bienes vertí pródiga;
de mí dicen mal, que digan,
del rey con ser rey se mofan.
Si en el dar nunca fuí larga

nunca en el tomar fuí corta,
si mil honras he deshecho
también remendé mil honras.
Mal hablan de mis dobleces;
doblarse humildad denota;
yo de mis aumentos vivo
y dobleces doblan doblas.
Si mis alabanzas quieren
que empiece la corte toda,
que las trompas de la fama
las he dejado yo roncas.
He sido, en mi larga vida,
más esperada que flota,
más deseada que herencia,
más mimada que cotorra.
Más interés he tenido
que entre genoveses joya,
y más limosnas me han hecho
que juntan siete parroquias.
Los sotos del Manzanares
harto conocen mis tocas,
que más de un lance les deben
á estas manos pecadoras.
Mis hechizos pregonados
fueron no siendo ya hermosa,
que en pregones y en la plaza
se me llamó encantadora.
De que serenatas tuve
que mis espaldas respondan,

que en ellas grabadas llevo
notas á punto de solfa.
Cazadorcita de incautos,
pescadorcita de bolsas,
fuí licenciadora en dacas,
siendo doctora en el toma.
Que no me han hecho justicia
es, padre, cosa notoria,
con menos merecimientos
otras ostentan corozas.
Estas son, padre, mis culpas,
no quiero decir mis honras,
que es sabido que el encomio
no está bien en boca propia.
Enclavada en esta cama
me tienen ya la persona
cincuenta eneros de dueña
y cincuenta de buscona.
El respirar se me acaba,
de dar el salto ya es hora;
mas no me apeno, que dejo
discípulas que me honran.
Y aquí, buen padre, concluyo,
que va la vida de gorja;
me arrepiento si he pecado,
echadme la absolución.»

Y doblando la cabeza
y haciendo una carantoña,

por pedir, pidió perdones,
por tomar, tomó una droga,
y dejando entre las mantas
la perecedera escoria,
á dar que hacer al infierno
el alma partióse en postas.

## La mayor grandeza

(SONETO)

Una tarde al Parnaso osé llegar,
y aunque en él nunca ¡ay triste! entrar pensé,
de oculto á una rendija me asomé,
lo que pasa allí dentro por mirar.
De pronto, mi atención vino á turbar
el ruido de unos golpes que escuché,
y gentes y más gentes contemplé
la puerta trabajando en ensanchar.
Tal asombro confieso que sentí,
que acercándome á un viejo de rondón,
curioso pregunté:—¿Qué pasa aquí?
Y él respondió:—¿Qué os causa admiración?
Hay que ensanchar la puerta ¡pese á mí!
porque hoy entra *Don Pedro Calderón.*

# ¡Famosas Carnestolendas!

que yo conozco una luz
que amanecer suele sombras.
*(Quevedo.)*

I

Polvoriento, sudoroso,
y reventando caballos,
llegó anteayer un correo
á las puertas de palacio.
Según dicen, de Lisboa
viene sin darse descanso,
con pliegos que debe sólo
poner del monarca en manos.
Mas ¿cómo ha de recibirle
Su Majestad, si ocupado
se encuentra en el Buen Retiro
disponiendo y ordenando
no nuevos planes de guerra,
ni arbitrios que á sus soldados
faciliten los recursos

de que se encuentran exhaustos,
sino el más lindo festejo
y el más suntuoso sarao
que ofreció en Carnestolendas
rey alguno á sus vasallos?

II

¡Por Dios vivo, que el holgorio
bien merece los ducados
que no ya á miles, á cuentos,
dicen que se están gastando!
El ingenio menos vivo
adivina sin trabajo
que dirige los aprestos
Cosme Lotti el italiano;
á quien al fin y á la postre
por nacido en suelo extraño,
no ha de dolerle la plata
invertida en tal boato.
Eso sí, como cumplido
dejó bien el regio encargo,
que los más negros rincones,
en ascua de oro trocando,
tan vistosas apariencias
logró dar al *Ochavado*,
que ha de envidiar á la noche

del sol los mejores rayos,
En reposteros que cuelgan
de los más altivos ramos;
en ricos aparadores
de salvillas atestados;
y en simulacros de fuentes,
torres, bastiones y arcos,
hay invertida más plata
que de Indias viene en un año.
Pero donde á maravillas
se queda suspenso el ánimo
es en las vastas anchuras
de las salas de palacio,
donde las ricas preseas
que en otro tiempo ganaron
al turco en Orán y Túnez,
en Flandes al luterano,
hacen pareja á tapices,
que alternan por modo vario
con fragilísimos vidrios
bohemios y venecianos.

III

En el *Campo Grande* todo
estaba ya preparado
para correr la sortija

y hacer al rey agasajo,
con la botarga dispuesta
para que el rústico garbo
de Hortaleza y Villaverde
lucieran payas y payos,
cuando el rubicundo Febo,
celoso al verse eclipsado,
máscara haciendo á su rostro,
de unos nubarrones cárdenos,
el puesto dejó á Neptuno,
que de sus húmedos antros
de tal suerte hacia la tierra
volvió la boca á sus jarros,
que todas aquellas galas,
como por arte de ensalmo,
quedaron en breve tiempo
trocadas en amplio charco.
Y fué tanto lo perdido
con aquel llover tirano,
que sólo con la vianda
de los manjares más raros
de que esta vez los arroyos
únicamente gozaron,
se hubiera tenido á un tercio
durante un mes vituallado.

## IV

Mas ¿quién pensó en tal, si luego
ya del mal tiempo al amparo,
del Alcázar del Retiro
en los suntuosos estrados,
las más alcurniadas damas,
los galanes más bizarros,
Olivares, Haro, Liche,
y hasta aquel «planeta cuarto»,
Atalante poderoso
que con su potente mano
si no el peso de dos mundos
sostiene de ellos pedazos,
haciendo ostentosa gala
de cien disfraces extraños,
en Mayo abreviado truecan
las estancias de Palacio?
¡Lástima que por descuido,
mientras en los regios ámbitos
oir se dejan los acordes
de un *turdión* disimulado,
prendidas unas cortinas
de un retrete solitario
de tan espantoso incendio
se vieran todos cercados,

que es fama que al propio riesgo
más que al ajeno cuidando,
tan sin amparo al monarca
dejaron sus cortesanos,
que si su preciosa vida
no perdió rey tan amado,
más que intervención humana
debió achacarse á milagro!

V

Azorado y fugitivo
iba un refugio buscando
el nieto de aquel que puesto
no vió el sol en sus estados,
cuando no sé en qué antecámara
á cortarle salió el paso
rendido por los dos días
que al rey llevaba esperando,
aquel portugués correo
que reventando caballos
á Madrid desde Lisboa
llegó sin darse descanso.
—¿Qué es esto?—con agrio tono
le preguntó el soberano.
—Señor—dijo el mensajero
entre dolido y huraño;—

que el Portugal nos pierde,
que el de Braganza se ha alzado
en armas, y que su causa
cuenta tantos partidarios
que á no volar en socorro
de nuestros pobres soldados,
lo que hoy mismo no se intente
puede ser mañana vano.
—¡Famosas Carnestolendas!—
murmuró el rey con espanto.
Y en vez de buscar remedio,
yéndose á tomar descanso,
internóse el gran Philipo
por las salas de Palacio,
en que la fiesta seguía,
ya el incendio sofocado,
mientras el triste correo,
de alimento y sueño falto,
hacia la villa tornaba
pesaroso y cabizbajo.

## Felipe IV

(SONETO.)

---

Por mí corren sus aciertos,
y mis yerros por los otros.
*(Alarcón.)*

Otros los versos que firmó escribieron,
sus ministros sus reinos amenguaron,
y aquéllos *Rey-poeta* le llamaron,
y éstos de *Grande* el título le dieron.
Ostentoso y galán, escasas fueron
las glorias que sus armas conquistaron;
mas sus triunfos de amor á tal llegaron,
que alguna vez enrojecer le hicieron.
Si el Rosellón y el Portugal señales
dan de su mala estrella, en cambio abona
su progenie sus yerros inmortales.
Que al fin dejó al morir, entre otros males,
á un imbécil su cetro y su corona,
y llena España de bastardos reales.

## Dos rosas

A MI HIJA CONCHA

Las flores tal vez son libros.
(*Tirso.*)

Dicen que ayer al Angel fuiste á misa
y que después, atravesando el Prado,
bajaste á pasear al Buen Retiro,
ese edén por las flores perfumado.
Oculta en la enramada
que la brisa agitaba temblorosa,
encontraste una rosa perfumada,
más pura que tu aliento y más hermosa
que un suspiro de tu alma enamorada.
Te prendaron sus gracias peregrinas,
te inclinaste á cogerla, y sus abrojos
en tu mano clavando sus espinas,
una perla arrancaron de tus ojos.
Entonces tú, por el despecho herida,

tendiste á la espesura tu mirada,
y en el mismo rosal viste prendida
otra flor, que, quizá compadecida,
ansiaba por tu mano ser cortada.
Ocultó dócilmente sus abrojos
y se dobló su tallo ante tu mano,
ofreciendo á tus ojos
de su corola el perfumado arcano.
Separada del tallo se veía
un momento después, y la primera,
orgullosa en las ramas se mecía,
burlando tus antojos altanera.
Y cuentan que tornando hacia la villa,
al cruzar presurosa el Mentidero,
en pos de una sonrisa enamorada,
exclamó al ver la rosa un caballero:
—¡Pobre flor! De su tallo separada
va á marchitarse en el albor primero.
Y hoy, cuando el sol nacía,
del lecho te lanzaste presurosa,
y cumplida la triste profecía
en su búcaro viste que yacía
triste, marchita y sin color la rosa.
Y me han contado que con pena fiera
corriste al Buen Retiro,
y encontrando á su esquiva compañera
lozana, fresca y como nunca pura,
exclamaste á tu vez:—Sin tus abrojos
yo te hubiera robado á la espesura,

y mustia y sin frescura
lástima dieras á mis tristes ojos.

***

Hoy que el abril de tu existencia empieza,
no lo olvides, mi bien; soñando amores,
las mujeres sois flores,
y flor que no defiende su pureza
sucumbe de su vida en los albores.

## Justo castigo

(SONETO.)

...muerto
antes que de admirarte arrepentido
(*Cervantes.*)

Viendo á un lindo en las Gradas cierta vez,
de esos que condenar tienen por fin,
á tinieblas eternas el magín
y la espada á perpetua doncellez,
Preguntar con notoria avilantez
y cierto desdeñoso retintín:
—¿Quién es ese haraposo galopín
que junta lo lisiado á la vejez?—
La sangre á mi cabeza refluyó,
mi mano airada en ímpetu brutal
el fieltro de la frente le arrancó,
Y grité:—¡En descubriros no haréis mal,
que el que mucho al miraros os honró
es *Miguel de Cervantes*, voto á tal!

## Carta franca

Una noche en luz escasa
y en tinieblas abundosa.
(*Cervantes.*)

«Tapada de medio ojo
era la luna antinoche,
haciendo con los nublados
lo de si coge ó descoge.
De su postrer cuarto avara,
por no hacer de luz derroche,
sus dudosas claridades
nos mandaba á lamparones.
Y como es tu calle estrecha
y no muy limpia la corte,
y tu casa por lo alta
bien puede pasar por torre;
Como en Madrid es preciso
tener ojos avizores
que en una visual abarquen
lo mismo el llano que el monte,
Al procurar dejar sueltos
del colodrillo los gonces

por lograr que mis miradas
llegaran á tus balcones,
Soñando con tus hechizos,
las Tres Gracias me perdonen,
en un perfumado charco
dí con mis pies disconformes.
El aviso á mis narices
llevaron dos salpicones,
que yendo en postas al fieltro,
pararon en los bigotes.
Y yo de saber ganoso
cuáles eran mis prisiones,
en mal hora que no en buena,
de bajar hube el cogote,
A tiempo que una ventana
abriendo una Maritornes,
con el «agua va» del rito
sin ser cura bautizóme.
Perdona que de las aguas
de tal Jordán no te informe,
que eran, si no en el aroma,
ámbar puro en las colores.
Mas razón es que te diga
que bajo el líquido golpe
cual honra en boca de dueñas
toda mi gala quedóse.
Subir á verte en tal guisa
te aseguro por mi nombre
que hubiera sido á tu olfato

hacer una afrenta enorme.
Pero aunque á mi cortesía
vencieran las tentaciones
de ver de cerca esos ojos,
que son abreviados soles,
Ni de pensarlo me dieron
tiempo los hados traidores,
que antes que aquella alquitira
suelta diera á mis talones,
Como á golpe de conjuro
salieron no sé de dónde,
para cercar mi persona
cuatro ó cinco capeadores.
Lo fiero de mis arrestos
no tengo por qué te encomie,
que nadie como tú sabe
si soy hombre ó no soy hombre.
Mas sin duda romadizo
padecían los ladrones,
que á olerme yo te aseguro
que en mí las manos no ponen.
Y sin atender mis quejas
ni respetar mis pudores,
tan manchadas y desnudas
dejaron mis perfecciones,
Que al dar conmigo un alcalde
con no mal juicio, creyóme
Adán antes del pecado
y áun antes de haber jabones.

Desde el lecho en que me tienen
si no fiebres y dolores
una falta de gregüescos
en que no pensó Aversöes,
Estas letras de mi mano
te envío con la Villodres,
para ver cómo me sacas
del Argel de estos colchones.
Como sé que te visitan
rendidos adoradores
que ante tu mucha hermosura
más que el sombrero deponen,
Con maña, te ha de ser fácil
mandarme un par de jubones
conque en demanda de gracias
rendido á tus pies me postre.
Sólo advertirte me resta
que de no hallar ocasiones
de desnudar á un vestido
para vestir á este pobre,
A ningún genovés lleves
aquel cintillo de aljofares
que te ofrecí dadivoso
en pago de tus favores.
Pues á más de ser recuerdo
de quien de tu vida es norte,
pueden decirte que es falso,
y tal vez no se equivoquen.»

—

Con una letra muy mala
y entre dos tragos de aloque,
cierto galán del agarro
puso fin á estos renglones.
Y dando á comer sus carnes
del lecho á los pobladores,
entre si duerme ó si vela
amodorrido quedóse.

## Carlos II

(SONETO.)

---

Que media un paso no más
de una grandeza mentira
á una bajeza verdad.
(*Vélez de Guevara.*

Por el agua bendita saturado
y por los exorcismos consumido,
más á mísero leño carcomido
semeja, que á señor de un vasto estado.
De la raza que al mundo avasallado
quiso tener á su poder temido,
sólo la podredumbre ha recogido
y vicios y lacerias ha heredado.
Fantasma de un poder y una grandeza
más ficticias que reales, vino al mundo
á trocar en ludibrio su realeza.
Tal abyección ejemplo es bien profundo:
¡Estirpe real que en un tirano empieza,
la termina cualquier Carlos segundo!

## Venturas del bien casado

Mi marido, aunque es chiquito,
al mayor de otra mujer
le lleva de pelo arriba
dos dedos puestos en pié.
(*Quevedo.*)

La mujercita que tengo
el Señor me la conserve,
hace con sólo un ducado
lo que otras no hacen con siete.
No tengo oficio ninguno,
y sin embargo, hay que verme,
por limpio y por bien comido,
pueden envidiarme reyes.
Libertad como la mía
ningún nacido la tiene;
mi mujer me da dineros
no más que porque me ausente.
Y es tanto lo que procura
mis gustos y mis deleites,
que hay noche que sin abrirme
me dice ella misma: «Vuelve».

Consideración me guardan
hasta duques y marqueses,
que siempre que yo estoy fuera
solícitos van á verme.
Y en tal manera á mi esposa
abruman con sus mercedes,
que gasta joyas y galas
sin que una blanca me cueste.
Con esto, aún hay envidiosos
¡no los comiera la peste!
que me llaman desdichado
y me apellidan pobrete.
La desventura es la suya,
que más ayunos que viernes,
á puro destilar hambres
hasta el aliento les hiede.
Si cruz es el matrimonio
¿qué más feliz ha de verse
quien encuentra un Cirineo
en cada esquina que vuelve?
La mujer propia es hacienda
de tal calidad y suerte
que, mientras más de ella toman,
más para su dueño crece.
Juros y almojarifasgos
dan como seguros bienes
los que en las Chancillerías
se pudren la sangre á veces.
Por titular se desvive

el que sólo hacienda tiene,
y el lograr una encomienda
pone al más rico en un brete.
Yo tengo censo perpetuo
sin que nadie me pleitee,
y hay muchos grandes que ostentan
el blasón que me ennoblece.
Sucesión no ha de faltarme,
aunque, lo que Dios remedie,
lo mismo que al cuarto Enrique
den en llamarme las gentes.
Y áun por lo que al alma toca,
tranquilo espero la muerte,
que una bienaventuranza
me coge por ambas sienes.

***

A un maridillo ternero
mal contento y bien doliente,
decía un archicasado
de este modo cierto jueves.
Y como por ser muy pronto
no sé qué fiesta solemne
anunciaran los pregones
de una corrida las suertes,
con un «quien pueda se salve»,
mugido casi entre dientes,

sin aguardar la respuesta
dió tal prisa á los juanetes,
que antes de pasar dos horas
no faltó ya quien le viese
cabe el undoso Jarama
respirando el puro ambiente.

## A una dama picaña

(SONETO.)

Eres así á la espada parecida,
que mata más desnuda que vestida.
(*Quevedo.*)

¡Qué ingratitud, Leonor! Cuando anhelante
me miro de tus ojos en las niñas,
me hablas de chamelotes y basquiñas
y pides que te compre un guardainfante.
¿No tienes con tus gracias ya bastante?
¿A qué con tanta profusión te aliñas?
Voy á darte un consejo, aunque me riñas
y te ocurra tildarme de pedante.
¿De la alcachofa dime, qué prefieres?
Tu apetito el cogollo sólo anhela
y las hojas de fuera no las quieres.
Pues ¿sabes este ejemplo qué revela?
Que cuando amamos más á las mujeres
es cuando encima tienen menos tela.

## La última hoja

Lector, con pena en el alma
pongo término á este libro,
que en él mis dulces recuerdos
uno por uno he vertido.
Llegó de acabar la hora,
todo en el mundo es lo mismo;
ni hay mal que cien años dure,
ni dicha que dure un siglo.
Con pena, sí, con gran pena
estas cuartillas termino,
que aunque quizá son memorias
de cosas que nunca he visto,
Con tal placer las recuerdo,
ó las sueño, mejor dicho,
que con llanto de mis ojos
parece que las escribo.
¿Qué será de mí mañana
cuando no vaya contigo
á las *Losas de Palacio*,
á las *Gradas* ó al *Sotillo?*

¿Qué será cuando me falte
el aura de aquellos siglos,
que con plumas y pinceles
en monumentos y en libros
hicieron célebres Góngora,
Quevedo, Alarcón, Murillo,
Pantoja, Herrera, Velázquez,
Lope, Calderón y Tirso?
¡Ay! Pasaron para siempre
estos recuerdos queridos;
ya ni iré en Mayo á *Santiago*,
ni iré en Abril al *Trapillo*.
Ya no me darán del *Parque*
los verdes olmos su arrimo,
ni divertiré mis penas
en *Floridas* ni en *Retiros*.
Dueñas, rufianes, tapadas,
histriones y barbilindos,
ya de dejaros es hora
del pasado en el abismo.
Ya de las citas y lances
de que fué testigo el río
y de que yo con audacia
cronista obligado he sido,
sólo quedará en memoria,
para distraer mi hastío,
alguna añeja memoria
ó algún recuerdo marchito.
Por eso yo que en el mundo

sólo de recuerdos vivo,
yo narrador otras veces
de *Cuentos de hace dos siglos*,
el libro que ahora te ofrezco,
lector, con pena termino,
que en él mis dulces recuerdos
uno por uno he vertido.

FIN.

# ÍNDICE


| | Págs. |
|---|---|
| Dedicatoria | 5 |
| Introducción | 7 |
| Galas cortesanas | 11 |
| Carlos V. (soneto) | 16 |
| Espejo de dueñas. | 17 |
| El aula en que más se aprende | 23 |
| Grandezas del rey Felipe | 28 |
| Tal para cual | 35 |
| El valor de las palabras | 39 |
| La fuente del acero | 44 |
| Lope de Vega (soneto) | 49 |
| Nobleza obliga | 50 |
| Castigo sin culpa (soneto) | 55 |
| Madre de quien no la tiene | 56 |
| La esposa de Antonio Pérez | 61 |
| Felipe II (soneto) | 67 |
| Regidores y regidurías | 68 |
| Las gradas de la Victoria | 73 |
| Un alguacil (soneto) | 80 |

Págs.

Consejo de la experiencia..... 81
Felipe III (soneto)..... 85
La flor de Vallecas..... 86
Don Juan Ruiz de Alarcón (soneto)..... 90
También hay duelo en las damas..... 91
Tiempo perdido (soneto)..... 96
Padre y juez..... 97
Juicios contradictorios..... 103
Fray Gabriel Tellez (soneto)..... 107
Pragmática nueva..... 108
Deudas de la honra..... 112
Brújula de maridos..... 118
Dos bravoneles..... 122
Licenciamiento de dueñas..... 126
Un retrato (soneto)..... 129
El mentidero de comediantes..... 130
Don Francisco de Rojas..... 138
La Hostería de la Paz..... 139
Bizarrías cortesanas (soneto)..... 151
Justicias humanas..... 152
Salones..... 157
Favores femeniles (soneto)..... 163
Tristes ausencias..... 164
Las vacaciones..... 170
Dechado de damas..... 174

Págs.

Mi río ..... 179
Mucho por nada ..... 182
La velada de San Juan ..... 185
Cosas del mundo (soneto) ..... 191
Comedia en el Buen Retiro ..... 192
Servir el Rey (soneto) ..... 197
La calle de la Montera ..... 198
El Alferez Campuzano ..... 203
Don Agustín Moreto (soneto) ..... 208
Fiesta de toros ..... 209
Celos no hacen discretos ..... 215
Enseñanza provechosa (soneto) ..... 220
Postrimerías de una dueña ..... 221
La mayor grandeza (soneto) ..... 226
¡Famosas cornestolendas! ..... 227
Felipe IV (soneto) ..... 234
Dos rosas ..... 235
Justo castigo (soneto) ..... 238
Carta franca ..... 239
Carlos II (soneto) ..... 244
Venturas del buen casado ..... 245
A una dama picaña (soneto) ..... 249
La última hoja ..... 250

Author Chaves, Angel R.
303484
LS
C 512c
Title La corte de los Felipes.
DATE.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED